

SOLANS

VOLVMEN I.

ALFONSO XIII Y SVS PRIMERAS NOTAS

OBRAS COMPLETAS DE RVBEN DARIO





ALFONSO XIII

OBRAS COMPLETAS

DE

RUBÉN DARÍO

VOLUMEN I

Alfonso XIII

y sus primeras notas

MADRID

Imp. G. Hernández y Galo Sáez.-Mesón de Paños, 8.-MADRID

INDICE

Obras completas del autor

PUBLICADAS POR SU HIJO

RUBÉN DARÍO SÁNCHEZ

Volumen I.—*Alfonso XIII*, prosa y verso.
» II.—*Azul*, prosa y verso.
» III.—*La caravana pasa*, en prosa.
» IV.—*El mundo de los sueños*, prosa.
» V.—*El canto errante*, en verso.
» VI.—*Peregrinación*, prosa.
» VII.—*Cuentos y crónicas*, prosa.
» VIII.—*Sol de domingo*, prosa y verso.
» IX.—*España contemporánea*, prosa.
» X.—*Oro de Mallorca*, prosa.
» XI.—*La vida de Rubén Darío, escrita por él mismo*, prosa.

Volumen XII.—*Rimas y abrojos*, verso.
» XIII.—*Todo al vuelo*, prosa y verso.
» XIV.—*Viaje a Nicaragua e historia de mi libro*, prosa.
» XV.—*Epístolas y poemas*, prosa.
» XVI.—*Prosa dispersa*, prosa.
» XVII.—*Ramillete de reflexiones*, prosa.
» XVIII.—*Prosas profanas*, verso.
» XIX.—*Tierras Solares*, prosa.
» XX.—*Castelar*, prosa.
» XXI.—*Canto a la Argentina*, verso.
» XXII.—*Parisiana*, prosa.
» XXIII.—*Los raros*, prosa.
» XXIV.—*Cantos de vida y esperanza*, verso.
» XXV.—*Letras*, prosa.
» XXVI.—*Opiniones*, prosa y verso.
» XXVII.—*Poemas de Otoño y otro poema*, verso.
» XXVIII.—*Prosas políticas*, prosa.
» XXIX.—*Cabezas*, prosa.
» XXX.—*Sobre la paz y la guerra*, prosa.
» XXXI.—*La muerte de Rubén Darío y los juicios críticos de los mejores poetas*, prosa y verso.

A mi hijo muy querido
Rubén Darío Sánchez,
que guarde mi recuerdo
y agregue algo a mi Nombre.

Rubén Darío

París- 30 abril-1911



A las doce y treinta minutos de la tarde del lunes 17 de mayo de 1886 nació en el Real Palacio de Madrid el Rey Don Alfonso XIII. Sobre una bandeja de plata, y en brazos de la camarera mayor de la Reina madre doña María Cristina, fué presentado a las personas asistentes al ceremonial de uso. Sagasta, a la sazón Presidente del Consejo de Ministros, fué el primero que gritó: «¡Viva el Rey!» En toda la historia de España no hay un solo Monarca que

haya venido al mundo en circunstancias tan especiales como el hijo de Alfonso XII. Sabido es que este Príncipe falleció dejando embarazada a la ilustre Archiduquesa de Austria que con él compartía el Trono. El nacimiento de un varón después del de la Princesa de Asturias y de la Infanta María Teresa fué la salvación de la Dinastía.

La Reina Regente se consagró al cuidado de su hijo con un amor y una constancia incomparables. Se creyó al principio que esa infancia desaparecería en su flor. No fué así. Hace diez años escribía yo desde Madrid: «Hace algunas tardes, por un punto de la Casa de Campo en que suele turbar el silencio del bosque reverdecido un tropel de jacas, un jinete, el rodar de un cupé, he visto pasar al Rey Don Alfonso con su madre y sus hermanitas. Iba el carruaje despacio-

so, y así pude observar bien el aspecto de Su Majestad infantil. No está tan crecido como los retratos nos le hacen ver; pero muestra lo que se dice *une bonne mine*. Tiene la cara ya señaladamente fijos los rasgos salientes de un Austria; es la de Felipe IV niño. Es vivaz, y sus movimientos son los de quien se fortifica por la gimnasia. Los ojos son hermosos y elocuentes; la frente maciza sería un buen cofre para ideas grandes; el cuerpo no es robusto, pero tampoco es canijo. La leyenda de un reyecito enclenque y cabezudo, de un niño raquítico, se ha concluído. El niño Real ha pasado los peligrosos años de su niñez y entra en la pubertad con buen pie. Por hoy, Don Alfonso es Príncipe que sonríe, que monta a caballo, que hace sus estudios militares, si de esta manera continúa, hay Borbón y para largo tiempo.» Inútil decir que me

complazco en haber sido buen profeta. Agregaba en mi impresión: «Por hoy, Don Alfonso, según lo que se alcanza a divisar, puede esperar tranquilo la hora de su reinado. Lo que no han podido los errores e ineptitudes de Gobiernos absurdos o culpables, no lo realizará el hombre del palacio de Loredán, ni menos los divididos partidarios de la república.» Don Alfonso subió al Trono. Los afanes de su madre admirable tuvieron esa recompensa; y la Casualidad, el Destino, el Misterio, nombres de la voluntad de Dios, si gustáis, han estado de su parte hasta en las tentativas crueles de los locos rojos.

La educación del Rey fué como correspondía. Se procuró, sin fatigar su espíritu, darle una cultura apropiada; y teniendo muy en cuenta la poca fortaleza de sus primeros años, se tendió a su me-

joramiento progresivo físico, al cultivo prudente y eficaz del *corpore sano.* De allí que desde niño se haya aficionado a toda clase de deportes, sin menoscabo de sus condiciones intelectuales y sin descuido de una instrucción tar metódica como variada. Los principales principios científicos y literarios, la historia y las disciplinas militares le fueron inculcados. Inútil decir que la Religión tuvo la mejor parte en quien debía ostentar el hispánico y consagrado título de Su Majestad Católica y en quien tuvo por padrino al Pontífice León XIII. Una vez en el caso de tomar esposa, eligió a la bella Princesa protestante que, convertida al Catolicismo, trajo sus prestigios y encantos al Palacio de Madrid. Entre la Reina Cristina, maternalmente amorosa, austera y tradicional, y la Reina Victoria, primaveral, reina de cuento azul, se alza la

figura del Rey joven, mirando hacia el porvenir, en los comienzos del siglo XX. Es un Rey caballero. Es un Rey *gentleman*. No es un Rey fanático, ni un Rey del pasado. Es de su instante histórico, sin perder, natural y felizmente, el antiguo e invariable concepto de la jerarquía, base de todo Gobierno monárquico. Ama el aire libre, la agilidad, el vigor. Dichosamente libre de la oratoria, en otros Soberanos tan puesta de manifiesto, sabe hablar cuando la ocasión llega, y sabe conversar. Posee algo que atrae a las muchedumbres: la simpatía, y algo que seduce al mundo: el valor. Es uno más en la serie de los ilustres Alfonsos de España.

Decía yo antaño:

«*El I*, férrea flor de Covadonga, todavía con la pura savia goda, fuerte como un roble de sus bosques, lancero formi-

dable de Cristo, terror de la morería, y, en el corazón primitivo, un diamante de nobleza;

El II, casi iluminado, favorecido con manifestaciones extranaturales, hombre de lecturas y meditaciones, *Alfonso el Casto;*

El III, el Magno, bizarro y aguerrido desde lo fresco de la juventud, terror del mogrebita, varón de tanta fe como valor;

El IV, quien, como más tarde el César Carlos V, buscaría en un monasterio la tranquilidad espiritual;

El V, el de los buenos fueros, legislador y espíritu de consejo, también luchador feliz con los infieles y sostenedor de la fe;

El VI, que aparece soberanamente —a su lado la figura del Mío Cid—, el Rey de la conquista de Toledo, y que tuvo la previsión de ver hacia abajo y fa-

vorecer al pueblo con leyes bondadosas y fueros justos;

El VII, Alfonso el Emperador;

El VIII, que perpetuó el nombre suyo en las Navas de Tolosa;

Siendo después, al propio tiempo que caballero de combate, amante de la sabiduría, *el IX;*

El X, formidable figura, cerebro y brazo, el Rey de las Partidas, alquimista y poeta, astrónomo y filósofo, cuya palabra aun se escucha y se escuchará en los siglos, ya comience: *Ficieron los omes...,* o inicie los balbuceos encantadores de sus toscas estrofas;

El XI, que juntó la habilidad política al vigor militar, Monarca de largas vistas y uno de los más amantes de sus súbditos;

... Y a quien verá muy de cerca—agregaba—, animado por la palabra mater-



S. M. la Reina Doña María Cristina.

nal, por el inmediato eco de su vida, será a su padre. Será para él el Rey modelo, y honrará la memoria de *el Pacificador.*»

A él le ha tocado un tiempo de decadencia de todo ideal, de despertamiento de odios, de exacerbamiento de pasiones y violencias sociales, de locuras colectivas que se traducen en furiosos ímpetus aislados; de ansia de goces, agonía de esperanzas y luchas terribles por la consecución del dinero. El Dinero, el dios de la época. El bíblico Becerro del Sinaí, multiplicado en los toros auricornados que se apacientan en el Far West y en las Pampas y que se propagan por toda la redondez de la tierra entre una creciente desbandada de águilas y de cisnes.

El Rey Alfonso XIII lo sabe, y desea, por tanto, que su Patria se regenere por el trabajo. Si su antecesor Felipe IV, en tiempo de musas y de liras gustaba de

ser llamado «Un Ingenio de esta Corte», a él le agrada que se le distinga por «el primer agricultor de España», y aplaude y estimula obras como la de este admirable Marqués de Santillana, fecundador de campos y creador de riquezas, ciertamente grande entre los Grandes de España. Se interesa el Monarca en las industrias, visita fábricas, inicia mejoramientos, en lo que está de su parte. Su misma afición al deporte modernísimo del automovilismo ha dado impulso a nuevas actividades en la Península. «Hoy es el Rey—decía recientemente un periodista—, por exigencias sociales y de civilización, un gran laborioso.» Y agrega que se ha convertido hasta «en viajante de comercio, sirviendo en Cowes al Rey Eduardo, a bordo del *Giralda,* vino de Jerez en sustitución del de Oporto, y distribuyendo unas cuantas cajas de aquel

vino entre las personalidades allí más distinguidas. La Prensa inglesa le saludó entonces como el mejor propagandista industrial de su Patria.» Está al tanto de todos los descubrimientos y de todos los adelantos actuales. Líricamente hablando, sería delicioso que a los poetas nos hablase de poesía... Las veces que he tenido la honra de conversar con él, no me ha preguntado si la Princesa está triste, o si ríe la Marquesa Eulalia; en cambio, me ha hablado con mucho conocimiento sobre el asunto del antiguo proyecto de canal por Nicaragua, y me ha parecido muy enterado de la vida política centroamericana. Por otra parte, y ello es natural, todos los diplomáticos extranjeros residentes en esta corte tienen de él la misma impresión.

Ha habido quienes por la Prensa—y a propósito del perpetuo filón de las ilus-

traciones—hayan calificado de excesiva la inclinación del Rey a la caza. Yo les habría contestado con la palabra de aquel gran comprendedor de lo que debe ser un príncipe político cristiano, que se llamó D. Diego de Saavedra Fajardo. Dice el insigne varón en su empresa *Robur et decus:* «Para mayor disposición de estos ejercicios, es muy a propósito el de la caza. En ella la juventud se desenvuelve, cobra fuerzas y ligereza, se practican las artes militares, se reconoce el terreno, se mide el tiempo de esperar, acometer y herir, se aprende el uso de los casos y de las estratagemas. Allí el aspecto de la sangre vertida de las fieras y de sus disformes movimientos en la muerte, purga los afectos, fortalece el ánimo y cría generosos espíritus que desprecian constantes las sombras del miedo. Aquel mudo silencio de los bosques levanta la

consideración a acciones gloriosas «y ayuda mucho la caza (como dijo el Rey Don Alonso) a menguar los pensamientos, e la saña, que es mas menester al Rey que a otro home. E sin todo aquesto, da salud; ca el trabajo que se toma, si es con mesura, face comer, e dormir bien, que es la mayor cosa de la vida del home.» Pero advierte dos cosas: «Que non debe meter tanta costa, que mengüe en lo que ha de cumplir, nin use tanto della, que le embargue los otros fechos.» Todos estos ejercicios se han de usar con tal discreción, que no hagan fiero y torpe el ánimo, porque no menos que el cuerpo, se endurece y cría callos con el demasiado trabajo, el cual hace rústicos los hombres. Conviene también que las operaciones del cuerpo y del ánimo sean en tiempos distintos, porque obran efectos opuestos. Las del cuerpo impiden a las

del ánimo, y las del ánimo a las del cuerpo.»

Ese equilibrio que aconseja Saavedra Fajardo y que preconiza Aristóteles, lo ha sabido llevar el Rey español. Él no va a sus ejercicios sino después de largas horas de ocupaciones de la mente, de estudios, del mantenimiento de una correspondencia numerosa y poliglota, del despacho oficial, de las audiencias y de la política exterior e interior, teniendo como Presidente del Consejo de sus Ministros a ese vigoroso director y prodigioso trabajador que tiene por nombre D. Antonio Maura.

Si no tanto como su tía la Infanta Doña Isabel, Alfonso XIII tiene también su amor a las artes. Por él Sorolla ha pintado durante largos meses, instalado en una dependencia del Palacio de la Granja. Y si es amigo de Cajal, de Flamma-

rion y de Carracido, lo es también de Echegaray y de Loti.

¿Y de corazón?, diréis. Digno de quien es hijo de una madre que a la callada ha sido una de las Reinas más caritativas y bondadosas, y de aquel Rey caballeroso y caballeresco que, como hoy Víctor Manuel de Italia a los míseros de Trinacria, fué en inolvidable momento a socorrer personalmente a sus súbditos atacados del cólera. Don Alfonso XIII, estoy seguro, tendría en semejantes circunstancias idénticos hechos y actitudes. Como también creo que, lo que Dios no permita, si para España llegasen días de guerra, él cumpliría como pocos, y sentiría sobre su cabeza, invisible pero imperioso, el penacho de Enrique IV.

Se casó por amor. Su *Queen X...* se personificó divinamente. Sabe atraerse para sí y para España las simpatías de

las naciones. Sin menoscabo de la hereditaria majestad, es afable y tiene el tan deseado y difícil don de gentes. Cada cual queda satisfecho con su trato. Y si no fuese la intranquilidad de estos tiempos la enfermedad de los siglos, podría decirse que en el Palacio madrileño mora la completa felicidad.

Y él sabe lo que debe a su madre heroica. La cual derramó lágrimas amables cuando en un banquete reciente oyó en el *toast* decir a Don Alfonso estas palabras:

—Si como hijo no soy el llamado a hacer los elogios de mi Augusta Madre, como Rey tributo un homenaje de admiración a mi antecesora en el Trono, que durante diez y seis años rigió a España.

Y todos los corazones sienten eso. Porque el corazón no es monárquico ni

republicano. Es, simplemente, el corazón.

Es cierto que sus años primeros han sido penosos y enfermizos, y que razón hubo en llegar a creer que podría hacerse trizas el frágil vaso al menor choque. Pero los cuidados de Doña Cristina han sido excepcionales; a madre como esta Reina, es difícil superarla. No se ha dado punto de reposo previéndolo todo, dedicándose antes que a cualquier otro grave asunto a la salud de su hijo, preparando, mullendo el nido para su aguilucho, no teniendo su mayor confianza sino en sí misma, y después de velar por la vida física, trazar un plan de educación, un método de cultura moral. Este ya es otro capítulo y habrá que ver si el acierto ha guiado la obra.

Desde luego, el Rey Don Alfonso XIII ha tenido y tiene ayos honorables, de la más pura nobleza, hombres de excelencia incomparable para guiar por buena senda los despiertos instintos de su príncipe; pero en nuestra época se exige algo más que eso; formar el alma, el carácter del Rey, enseñarle a dominar sus pasiones, darle lecciones de moralidad y de religión, es ya mucho; pero habría que ayudar a formarse al mismo tiempo al Rey y al hombre; hacerle comprender el espíritu de su tiempo, alargar sus vistas en el horizonte moderno; hacerle salvar los muros de la tradición; prepararle para las exigencias de su época. Él aparece en un tiempo en que si los Maquiavelos son imposibles, los Lorenzos de Médicis son inencontrables.

El profesor de Oviedo, don Adolfo Posada, se ha planteado en *La España Mo-*

derna el problema de la educación del Rey; la dificultad de la educación de un Rey constitucional. Indudable: los Monarcas absolutos no tienen delante de sí mas que la demostración de su poderío; el Príncipe, desde que tiene uso de razón, sabe su superioridad, su grandeza; la actitud de sus súbditos respecto a él, la costumbre del mando, la obediencia de los que le rodean, definen desde un principio el sistema educativo que hay que seguir. De Burrho a Bossuet no hay gran diferencia. Mas la educación de un Monarca constitucional implica varias anomalías. Los Reyes de hoy, los Reyes con Cámaras y Ministerios responsables, los Reyes que reinan y no gobiernan, puede decirse que son simples personajes decorativos. Los antiguos esplendores, la misma parte estética de la representación Real, adquiere hoy, en medio

de su brillo cierto por el valor histórico, por sus viejos símbolos, un vago prestigio de ópera cómica; y apena el confesar que las funciones más respetables por la vieja resurrección de soberbias costumbres palatinas y las pompas de los magníficos ceremoniales, evocan, a nuestro pesar, la necesidad de una partitura. La imaginación del Príncipe niño se impresiona desde el comienzo de su despertamiento a la existencia que le rodea, con las manifestaciones de una vida falsa o equívoca. No será sino con harta dificultad que la noción de soberanía que ha penetrado primero en su cerebro, pase a la noción de una existencia democrática. «Los niños, esos pequeños salvajes—dice el señor Posada—, no concibén sino Reyes completos.» En Palacio, la manera de ser para con él de las personas que le rodean, afianza por una



SS. MM. los Reyes de España.

parte en el Príncipe la posesión de su papel de *rey completo;* no será sino con mucha dificultad que se le inculcará luego el legítimo valor de esas demostraciones, la significación de su rango de simple porta-corona. Don Alfonso, por ejemplo, sabe ya que es el jefe absoluto, pues los viejos generales inclinan ante él sus barbas blancas; sabe que tiene el Toisón de Oro sobre su uniforme de cadete—pasajero uniforme que será mañana sustituído por el de generalísimo—; sabe que es el Rey. Conozco una bonita anécdota. Un día, por alguna pequeña falta, no sé si en sus lecciones o en otra cosa, fué castigado con encierro. El niño se debatía entre los ayos que le llevaban a su prisión, pero la orden se cumplió. Entonces, ya encerrado, Don Alfonso daba grandes voces, deliciosamente furioso. Se le decía que no gritase, y él

contestaba: «¡He de gritar más fuerte! ¡Que me oigan los españoles! ¡Que sepan que tienen preso a su Rey! ¡Que vengan a sacarme los españoles!»

Sabe, pues, que es el jefe de los españoles; y la idea de su soberanía no puede estar mejor arraigada. Pero sé otra anécdota. Otro día, de paseo, se detuvo Don Alfonso delante de un naranjero. Hay que advertir que adora las naranjas y que a esta edad, entre el globo de Carlos V y una naranja, se queda con ésta. Pues he aquí que se detiene delante del naranjero y le dice: «Dame unas naranjas; pero yo no tengo con qué pagártelas. ¡Imagínate, yo, el Rey de España, no tengo en el bolsillo ni una perrilla!» Confesaba el pobre su pobreza con la más encantadora desolación Ignoro si el naranjero le dió las frutas y si los ayos le permitieron comérselas; pero ello revela

que Don Alfonso sabe ya que los reyes de hoy no se comen todas las naranjas que quieren y que suelen andar sin un cuarto.

Se dice que los primeros años del Rey han sido de cuidadoso aislamiento, que no se le ha puesto en contacto con otros niños de su edad, contacto tan necesario; que se le ha recluído, sin otra compañía para sus juegos que la de sus hermanas. Podría creerse por ello en una infancia entristecida, bajo la mirada de una madre que ha sido abadesa de un convento. Eso no es cierto. El Rey ha tenido sus compañeros, naturalmente, escogidos entre la alta nobleza. El más íntimo ha sido el jovencito hijo del Conde la Corzana, por un lado Morny y por otro Sexto... Es claro que la Reina vigila sus amistades y compañías. Otro niño íntimo del Rey es el hijo del Conde de

Casa-Valencia. El cual hace algunos años tuvo el siguiente diálogo con su amiguito coronado: «Aquí no hay buenas carreras de caballos. Yo las voy a ver ahora muy buenas y ustedes no.» «¿Cómo es eso?» «Me voy a Londres. Tío Antonio (Cánovas del Castillo) ha nombrado a papá embajador.» «¿Y cómo no lo he sabido yo, el Rey?», dijo la minúscula majestad en toda la posesión de su papel.

En general los Reyes son educados militarmente. En España no se lleva tan a la alemana el método, pero Don Alfonso conoce bien el manejo de las armas, será buen jinete como su padre; y aunque no haga el caporal a la continua como uno de esos ferrados Hohenzollern, tiene amor a la carrera, y se decía en estos días que pronto haría vida de guarnición en la Academia de Toledo.

Esto es de dudarse mucho, por la madre. Sé que en lo íntimo de la familia, la educación del Rey es lo más burguesamente posible La Reina es en el hogar como cualquier respetable señora que se preocupa de los menores detalles de su *home;* sencilla y poco ostentosa hasta llegar a murmurar los descontentadizos cortesanos de su avaricia. «¿Qué quiere usted que hagamos—me decía un caballero—con una señora que le cobra su pupilaje a las Infantas en Palacio y que manda poner medias suelas a los zapatos de sus hijas?» Descartando las exageraciones, no creo que el pueblo prefiriese una Reina derrochadora delante de la miseria que abruma a las clases bajas, a una Reina económica que hace lo que puede por socorrer los infortunios de los menesterosos; que es aclamada a la puerta de los asilos que visita y sostiene.

Don Alfonso XIII no podrá quejarse de no haber tenido en la entrada de la vida una ejemplar madre; una buena *mamá*, que ha sido para él una encarnación de la Providencia.

Hubo un tiempo en que el Rey estuvo casi invisible. Su salud era apagadiza, su aspecto no ayudaba a alentar a los partidarios de su dinastía. Se decía que era lo más probable su muerte. Mas apareció, por fin, en una recepción. Se hallaba sentado en el Trono, junto a su madre y sus hermanas. El Cuerpo diplomático estaba delante de él. Se notaba que el niño Real había pasado por una crisis; pero sus grandes y brillantes ojos se iluminaban de vida. De pronto se vió una cosa inaudita, que pasó, como un relámpago, sobre todos los protocolos. Un deseo vivo se había despertado en aquella cabecita, y no hubo vacilación para

llenarlo. Don Alfonso, a la mirada de todos, dió un salto, y antes que nadie pudiese detenerlo, se había montado en uno de los dos leones de bronce que están a los dos lados del Trono. El hecho podría tener su significado si el porvenir fuese propicio tras la disipación de las tempestades. Asegúrase que Zola, que vió en una temporada de verano en San Sebastián al pequeño Rey, quiso pintarle más tarde en uno de los capítulos de su *Docteur Pascal.* Yo he vuelto a leer esta obra para confrontar el retrato, y si en Clotilde podría entrever los pensamientos de la Reina que ansía penetrar en el futuro de su hijo, no puede reconocerse en el animado y ágil Monarca de España ninguno de esos «Delfinitos exangües que no han podido soportar la execrable herencia de su estirpe, y se duermen, consumidos de vejez y de imbecilidad, a

los quince años». Moralmente, la formación del Rey, fuera de la influencia maternal, dependerá de los preceptores. El ideal sería hacer primero *a man*, para en seguida dejar obrar el desarrollo del propio carácter, lograr el *self made king*. ¿Qué preceptor a propósito? ¿Un Saavedra Fajardo, un Bossuet o un Ernesto Curtius? Para un Monarca esencialmente católico, parecería de ley junto al Príncipe, un religioso. Mas hoy los inconvenientes de tal sistema no necesitan demostración. Las alharacas que levanta la presencia del padre Montaña, confesor de la Reina, dejan sospechar lo que haría un preceptor con hábito de cualquier Orden. La educación esencialmente religiosa está, pues, fuera de la pedagogía. La idea de Posada de la fundación de una escuela especial en que el Rey se instruyese, en relación y contacto

con otros niños, parece difícil, dadas las tradiciones de la Monarquía en España, a pesar de haber habido un Seminario de nobles, en donde cuéntase que el niño Fernando VII recibió un pelotazo, jugando con el niño Simón Bolívar. Más bien estaría la adopción de un sistema como el de la familia imperial germánica. El Emperador Federico, después de recibir su educación palatina, se matriculó en Bonn, y el Emperador Guillermo en el *Lyceum Fridericianum*, de Cassel. Ambos se han puesto en contacto con los alemanes de su edad, han hecho vida común con sus súbditos, y en el medio de los estudiantes, se han compenetrado con el alma del país. Por lo demás, no puede ser mejor la síntesis de Posada: «Un Rey que en su infancia recibiera el influjo bienhechor del roce con los niños, que tratase a todo el mundo de

igual a igual; un Rey que pasara luego su juventud en medio de los jóvenes de su edad y de todas las condiciones sociales en un Instituto adecuado, que asistiera luego en una Universidad o en varias a sus cátedras, viendo en ellas cómo las desigualdades humanas no son siempre cosa del nacimiento, sino obra del mérito personal y resultado del trabajo; un Rey que estudiase su oficio, que viajara mucho, hasta por los países donde sin Reyes viven las gentes honrada y pacíficamente; un Rey así podría ser, ante todo, un buen ciudadano que llevara en el alma la íntima convicción de que sus elevadas funciones, aun cuando llegaron a él por obra y milagro de la herencia, son funciones que deben desempeñarse en bien de la sociedad o del Estado, a quien, en definitiva, corresponde disponer de ellas.» Mucho de bue-

no produjo en Don Alfonso XII su infancia de Rey *en exil*, y mucho contribuyeron a la formación del carácter del *Pacificador* esos primeros pasos por la vida como un simple particular—*Alfonso García y Pérez*—, como él se solía llamar en los hoteles, en días del destierro.

Hasta hoy ha habido que vencer toda suerte de obstáculos y aquel admirable Cánovas no ha sido la menor fuerza para encaminar hacia el porvenir deseado al hijo de su hechura. Hay que recordar cómo ha sido la vida de este pequeño Rey, puede decirse desde el vientre materno. El matrimonio de su padre con la austriaca—de nacionalidad fatalmente desgraciada, tanto en España como en Francia—después de la pasajera luna de miel con Doña María de las Mercedes, que dura el espacio de una aurora,

en el Aranjuez tan líricamente florecido en los versos de *Don Carlos;* los años de un matrimonio no del todo amoroso y semiturbado por esta y aquella expansión de Don Alfonso XII, cuyo excelente humor estaba casi siempre sobre la razón de Estado; la muerte, el agostamiento de la existencia de aquella Majestad demasiado apasionada de Anacreonte; el embarazo de Doña María Cristina, previsto por el ojo perspicaz del gran ministro conservador; el parto, casi a las miradas de los políticos recelosos; el advenimiento del Rey nuevo que aseguraba en el Trono la continuación de la Dinastía. Se creyó que Alfonso XIII no alcanzaría a llegar a la edad de coronarse, ya fuera por causa de su organismo maleado en su origen, ya porque un inesperado movimiento pudiera impedir el logro de los deseos de sus par-

tidarios; pero de ambas cosas se triunfó: de las amenazas de la enfermedad y de las amenazas de la política. No creáis exageraciones como las del yanqui Bonsal, que juzgaba no hace mucho tiempo, con la imaginación recalentada por la guerra, que «la posición del Rey es patética, personal y políticamente considerada; que las revelaciones que para otros sólo llegan con la edad, él ha tenido que sufrirlas en su niñez; que él sabe que nacer Rey no da más garantías de felicidad que el nacer campesino; que sabe ya, con sobra de razones, que no hay en la Península persona alguna en cuya lealtad y devoción pueda confiar, a excepción de su madre, desamparada mujer y Reina impopular en tierra extraña»; y que «los muchachos americanos se afligirían si pensaran en este pequeñuelo nacido para la púrpura y ves-

tido de ceremonia desde la cuna, que no tiene compañeros de infancia para sus juegos, porque nadie es igual al Rey». Esto es no darse cuenta exacta de lo que aquí pasa en ese mundo no tan velado a los ojos de los simples mortales, y juzgar a estas horas con criterio pesimista a través de las historias de Saint-Simon o de las memorias de madame Aulnoy. Por momentos terribles ha pasado España en que el Trono hubiera podido ser cercado de tormentas, y la Regente y sus hijos habrían tenido que ir a aumentar la lista de los Reyes de Daudet; pero prevaleció el concepto de la Patria en los partidos contrarios, y ni carlistas ni republicanos intentaron seriamente nada. Desde las soñaciones que hacen evocar la frente de Don Carlos ceñida por la corona hasta los deseos un tanto románticos de una Regencia en que la Infanta

Isabel *la Chata* estaría a la cabeza, no son sino perfumes de vino español, aroma de claveles que perturba uno que otro cerebro. Por hoy Don Alfonso, según lo que se alcanza a divisar, puede esperar tranquilo la hora de su reinado. Lo que no han podido los errores e ineptitudes de Gobiernos absurdos o culpables, no lo realizará el hombre del palacio de Loredano, ni menos los divididos partidarios de la república. Por ahora Don Alfonso XIII no se calienta el cerebro con tantas historias y filosofías, y prefiere su esgrima y su jaquita. Hace muy bien. Tiempo tendrá mañana de saber de monólogos huguescos y de sentir lo que pesa ese instrumento tan extraño en este fin de siglo, llamado cetro. Su mismo nombre le exige mucho. En el desfile de la Historia irá a ocupar su puesto. Me lo imagino delante de sus

antepasados homónimos, como en una escena semejante a la de los retratos en *Hernani*. Todos éstos pasarán por la mente de Don Alfonso XIII como las figuras extrañas y fantásticas de una linterna mágica, iluminadas por las palabras de los cronistas, realzadas por las explicaciones de sus preceptores; están demasiado alejados por las centurias, por bastas cordilleras de tiempo. Son los abuelos de los retablos y de las armaduras, los que duermen por siempre en los sarcófagos y cuyas vidas interesan como los cuentos. A quien verá muy de cerca, animado por la palabra maternal, por el inmediato eco de su vida, será a su padre. Será para él el Rey modelo; y honrará la memoria del *Pacificador*. No dejarán de ir a llamar su atención los *venticellos* de la famosa juventud de Don Alfonso XII, el *Rey buen*

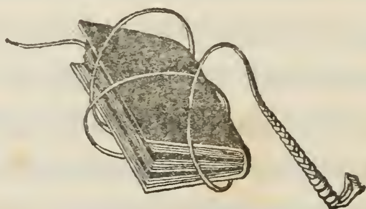
muchacho. Sobrarán cortesanos que le refieran las aventuras picantes de papá, las influencias conocidas de cierto sonoro Duque, cuyo título pecador no llegará con buen viento nunca a los oídos de la Reina Regente. Y ya vendrá entonces la hora de saber España cuál senda tomará su nuevo Príncipe. Sea ella de felicidad. Y Dios ponga, en los años de las futuras luchas políticas y palaciegas, sobre el espíritu de Don Alfonso XIII, algo de la áurea miel que hacía grata su infancia, cuando todas sus ambiciones se reducían a salir a la calle «con capa», y llamaba a sus hermanitas, a la una *Pitusa* y a la otra *Gorriona.*

Al entrar en el salón de recepciones —se lo explicará el lector fácilmente—el Poeta prevaleció sobre el ministro. Aque-

lla pompa, aquella ceremonia, aquel joven descendiente de los más gloriosos Reyes, fueron, por unos instantes, la Historia. Como es costumbre en la Corte de España—costumbre que, a pesar de todo, han infringido algunos talentosos y verbosos hispanoamericanos—, no pronuncian discurso ante el Rey sino los embajadores Yo dije dos palabras para entregar mis credenciales, y luego, pronto estuvo Don Alfonso en conversación conmigo. ¿Podría juzgarlo por esa vez? Desde luego que no. Todos sabemos las preparaciones del Protocolo. Pero, en otras ocasiones, sea que hablase conmigo, sea que se dirigiese a otros diplomáticos al lado mío, pude darme cuenta de la seguridad y cordura con que trata cualquier asunto que inicia. El retrato que en pocas palabras ha hecho de él un observador como el famoso M. Paoli, es de una

absoluta exactitud: «Sa haute et fine silhoutte s'accusait avec une élégante aisance dans un complet gris clair; un large sourire éclairait son visage fortement hâle, son visage imberbe d'adolescent qu'ornaid un grand nez à la barbe courbe bourbonienne, cumpé en bec d'aigle entre deux yeux très noirs, pleins de flamme et de malice.» Y luego la impresión oficial: «Quelle ne fut pas ma surprise, ensuite, lorsque, à Orléans, où l'on avait fixé la première étape officielle, je le vis apparaître, cette fois, en gran uniforme de capitaine général, la physionomie empreinte d'une singulière noblesse, la démarche altière, imposant à toux le respect, par l'impressionante dignité qui se dégageait de sa personne, ayant le mot juste pour chacun, souceux des moindres nuances de l'étiquette, évoluant, causant, souriant au milieu des unifor-

mes chamarrés, avec une aisance souveraine, montrant du premier coup qu'il connaissait mieux que quiconque son métier de roi.» Su oficio de Rey. Arduo oficio en los días actuales. Porque la mayoría de las gentes no ven sino la parte dorada y legendaria de esas vidas principales. No saben los cuidados y las inquietudes de hombres que hay en esos personajes simbólicos que encarnan a los pueblos. Por eso es absurda, sobre todo, la ciega preocupación anarquista.



FIGURAS REALES



He visto pasar a una anciana vestida de negro, cuya existencia representa una de las terribles lecciones de Dios. Es la «re renante» del poema de Robert de Montesquieu...; es el espectro doloroso de una Soberana; es Eugenia de Guzmán, Fernández, la Cerda, Leira, Teba, Baños y Mora, Condesa de Montijo, un tiempo Emperatriz de los franceses. Clavel de Granada, rosa de Madrid, lis de París, después de una horrenda tempestad de

sangre y duelos, he ahí en lo que ha venido a parar: en una triste vieja enlutada, llena de amargura y desdeñada de la muerte. Un día se presenta a visitar en su obscuro incógnito este o aquel palacio, o museo o biblioteca, y el canoso guardián comienza a explicar: «Una vez el Emperador...» Y la dama, levantando su velo: «Jean, ¿me conoces?...» «¡Ah! ¡Majestad!...» Sí; es la española garbosa y linda, la rosa-reina pintada por el pincel adulador de Winterhalter, entre vivas rosas; la orgullosa diadema de las Tullerías, que vivió un tiempo en cuentos de hadas y en decamerones imperiales, que se creyó dueña del mundo, que pasó en placer y soberbia como en un sueño, y despertó a los cañonazos alemanes, en la hora lívida de la derrota, y que mientras su marido entregaba la espada al primo de Berlín, ella huía al otro

lado de la Mancha, amparada por un dentista yanki... ¡La pobre María Antonieta, más trágica, no pudo salvar su cándido pescuezo de cisne austriaco!

La suerte fué dura, áspera y dura, con Eugenia de Montijo. Todos sabéis que su única esperanza, su consuelo único, era el Príncipe Imperial. Y Napoleón IV encontró la muerte entre los zulúes, muerte de escasa gloria, al servicio de la Inglaterra que enjauló al Aguila en Santa Elena. «¡Viva el Emperador!», gritaron un día unos cuantos bonapartistas delante del joven Príncipe. «No, amigos míos —contestó éste—; el Emperador ha muerto.» También la Emperatriz ha muerto; pero es una muerta que está en pie, quizá penando hasta los cien años que ella se profetizó un día luctuoso delante de su confesor el abate Goddard.

Así va, de un punto a otro, en busca

de distracción y de tranquilidad; de su retiro de Inglaterra, a Londres, o a Balmoral, a visitar a los Monarcas que la acogen; a la Costa de Azur o a este su París de antaño, que no la conoce cuando pasa.

Si Eugenia es sombría, Isabel es pintoresca. En el palacio de Castilla, Avenue Kléber, continúa siendo Reina de España desde su destierro. Es decir, goza de su buena parte de lista civil, tutea a los españoles que se le acercan, da su mano a besar como en los buenos tiempos y se divierte. Es una Reina cuya historia es demasiado sabida; simpática, *sans géne,* Soberana de país de Cucaña, abierta, generosa, alegre. Se le debe entre otras cosas una frase deliciosa. No hace muchos años, la Prensa toda se ocupó de un in-

cidente ruidoso. La Infanta Eulalia, en acto de protesta, se fué del palacio de Castilla a la Embajada. El nombre de un caballerizo húngaro anduvo por los periódicos. El embajador se permitió llamar a la cordura a Su Majestad. Su Majestad septuagenaria, exclamó desolada: «¡Que siempre haya de ser yo desgraciada en mis amores!» La memorable abuela que habla así, no es una alma vulgar. Merece una corona de mirto, bajo la advocación de la señora doña Venus, mujer de don Amor, como decía aquel admirable Arcipreste de Hita.

Doña Isabel se mantiene en su regio retiro, visitada por sus fieles amistades, y cuando llega la *villegiature* se va a un castillo no lejos de París. Cuando vivía su marido, el pobre Don Francisco de Asís, solía hacerle compañía de vez en cuando en Epinay, Pero ya a Don Fran-

cisco se lo llevó la muerte, vestido de franciscano, como cumplía a un Rey católico. Doña Isabel ha visto a su nieto coronado, y cuando la Reina María Cristina ha estado en París, la entrevista entre las dos Soberanas ha sido muy cordial al parecer; pero en el fondo no hay, seguramente, una gran simpatía. La historia del Reinado de Isabel II está llena de anécdotas dramáticas y curiosas en su parte íntima, y hace algún tiempo un cronista bien informado publicó en Inglaterra, en la *New Review*, muy sugestivos capítulos.

Doña Isabel, aunque personalidad parisiense desde hace tantos años, es españolísima. Dicen que su lenguaje es franco y algo libre, y que le place mucho el gazpacho.

Yendo una vez de Venecia al Lido, en uno de esos antiestéticos vaporcitos, útiles como la prosa, que ofenden la presencia de las góndolas, llegó a sentarse cerca de donde yo estaba una pareja que inmediatamente llamó mi atención. Él era un hombre un tanto obeso, de noble cara; fumaba un habano en boquilla de espuma y oro. Ella, una dama ya no joven, de cierta gracia, severa y pensativa y de una absoluta distinción. Un enorme perro se echó a sus pies. En el collar de la bestia, este nombre: «César». «¿Dónde he visto yo a este hombre?»—me preguntaba—. En Santiago de Chile le había visto hacía unos catorce o quince años. Era Don Carlos de Borbón y su mujer Doña María Berta de Rohan, Duquesa de Madrid. Mientras caminaba el vaporcito dejando la ciudad triste y divina, me puse a contemplar a esos Reyes

en el destierro. Don Carlos está aún fuerte y lozano, aunque ya ha nevado en su cabeza y en su barba. Parece que en sus ojos se leyese la desesperanza, la convicción de que todo triunfo será ya imposible, al menos para él. Y, sin embargo, ¡qué Rey decorativo, qué Rey tan Rey haría Carlos María de los Dolores, Juan, Isidoro, José, Francisco, Quirino, Antonio, Miguel, Gabriel, Rafael! A pesar del vientre, como su primo el de la Gran Bretaña. Pero España ya sigue otros rumbos, y el carlismo parece muerto, a pesar de una que otra convulsión que suele ser desaprobada por la prudencia desde Venecia. Doña Berta, en todo caso, jamás habría sido aceptada en España como Reina. La Aristocracia española, la Monarquía española, no la habrían reconocido, a despecho de su Real consorte. Ella se queda fiel a la di-

visa de su apellido: Reina, no puede; Princesa, no se digna; Rohan se queda. Don Jaime está allí, no obstante, y con su sangre joven y belicosa quizá intente dar más de un susto al joven Alfonso. Tiene la suficiente fiereza y cuenta con bastantes simpatías para hacer moverse de repente unas cuantas boinas. Don Carlos piensa... Don Carlos medita...

La unidad de Italia descalabró a varios pequeños Reyes italianos, los cuales podrán contentarse con los honores *in partibus* que se les hace en el Vaticano cuando visitan al Papa. El Gran Duque de Toscana es un Archiduque de Austria, y tiene una numerosísima familia. Vive quietamente en su espléndida mansión de Schönbrunn. No da que hablar y acepta la historia. El Rey de las Dos

Sicilias, Francisco II, murió en 1894, y el Conde de Caserta es hoy el jefe de la casa Borbón-Sicilia. Vive en Cannes, en un *chalet* envidiable, y uno de sus hijos es el actual Príncipe de Asturias, cuya boda con la Princesa hermana de Alfonso XIII produjo tanto escándalo. Él hace bien su oficio. Acaba de estar en las maniobras francesas y ha causado buen efecto. Haya o no haya revolución en España hará carrera. Que le aproveche. Su padre—y esta fué una de las causas que motivaron la oposición a su matrimonio entre los españoles—fué íntimo de Don Carlos, y peleó a su lado en la última guerra carlista.

El Duque de Parma es un Soberano que no suena. Excelente sujeto, aseguran que es un modelo como varón de hogar y de sociedad. Se casó con una de las más lindas princesas de Europa. Es

fama que en la familia de Braganza la belleza es parte de la fortuna. Parece que al Duque le importasen muy poco los vaivenes de la política, y hace la vida de un excelente señor burgués, por otra parte como todos los Monarcas actuales. Tiene su casa en Schloss Schwarzau, pero viaja con frecuencia. Ha renunciado por completo a la mano de doña Leonor, puesto que la casa de Saboya no está dispuesta a desandar lo andado.

Los realistas de Francia esperan en un posible advenimiento. Tienen su partido organizado, sus periódicos, sus electores, y a M. Bourget, que es una especie de consejero del Duque de Orleáns, y a M. Maurras, que es una especie de secretario M. Maurras es un escritor de mucho talento, que siendo muy joven y po-

seedor de una larga melena, escribía en un periódico franco-platense que fundó hace bastantes años en París el uruguayo Rafael Fragueiro. El Duque de Orleáns hace dignamente su papel de Rey destronado, y sus profetas proclaman a cada instante la quiebra de la república, las desventajas del sistema actual y el paraíso que será Francia si vuelven los días triunfantes de la Monarquía. Si el Duque de Orleáns no es un Salomón, la Duquesa María Dorotea de Austria es muy bonita. Tiene un rostro propio para la diadema y—diría Alberto Ghiraldo—un cuello peligroso para la guillotina. Como es bien conocido, el Duque ha vivido algún tiempo en Inglaterra, y tuvo siempre una excelente acogida en la corte y en la sociedad inglesa. Pero el Duque no es un diplomático. Creyendo adular al pueblo francés, perdió las amista-

des inglesas, leales y seguras. Cuando la guerra anglo-boer la Prensa risueña de París publicó un sinnúmero de caricaturas, en que no se trataba a la Reina Victoria con el respeto debido, sino a su Corona, a su calidad de dama anciana y honorable. Había caricaturas en los kioscos de periódicos que daban verdaderamente asco y enojo. Algunas de ellas, para desdoro de sus autores, estaban firmadas por curicaturistas de talento y de celebridad. Tanto peor para la *gaité gauloise* en ese caso. Pues bien; el Duque de Orleáns escribió una carta a uno de ellos, haciéndose solidario de los ataques dirigidos a la Majestad británica, y, naturalmente, desde ese día no sólo su prestigio político, sino su condición de caballero y su buen gusto, decayeron ante los ingleses. El pueblo francés se ha olvidado ya de los boers; pero los ingle-

ses no olvidarán jamás la ofensa hecha a su Reina y Emperatriz. El Duque no cesa en sus trabajos por lograr el Trono perdido. El porvenir no es de fácil visión; pero por ahora todo hace augurar que su Alteza real no se coronará, a pesar de los suscriptores de la *Gazette de France.*

El Gran Duque de Luxemburgo lleva el peso de muchos años, y la inconformidad ante la pérdida de su Trono. Su casa es de las germánicas más antiguas, y su pueblo lo recuerda con cariño; pero la política es la política. Y aquí ya entramos entre los muchos Soberanos destronados o con Trono que pertenecen a esos estados cuyos nombres se confunden en su multitud, principados más o menos hanseáticos o danubianos. Existe una geografía romántica que han explotado

los Daudet y los Elemir Bourges. Vagas Ilirias, improbables Croacias, que se nos presentan apenas como en un mundo de ópera cómica. Entre tales Príncipes está ese orgulloso Duque de Cumberland, jefe del ducado de Brunswick, cuya posición es singular. Su estado está a su disposición; puede sentarse en su Trono cuando le plazca, pues el reino de Prusia no se ha anexionado al Ducado. Pero el viejo calvo de Cumberland no quiere ir a rendir homenaje como vasallo del Emperador de Alemania. «Yo no soy Duque de Brunswick, dice, sino siendo Rey de Hanover.» Y el Ducado de Brunswick sigue sin cabeza.

Si el Rey de España tiene como pretendiente al Trono a Don Carlos y a Don Jaime, el Rey de Portugal tiene al Duque de Braganza, quien alega ser el Soberano legítimo. Se funda en que desciende del

Rey Juan I, y en que su padre tuvo la corona seis años, a comienzos del siglo pasado. Pero este pretendiente es inofensivo, y el rosado y frondoso *sportsman,* que tiene por mujer a la hermosa Aurelia de Orleáns, puede estar tranquilo en su buena ciudad de Lisboa.

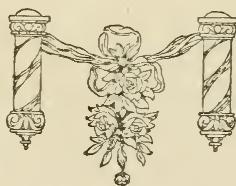
En Bruselas vive el que puede considerarse como heredero del Imperio francés, entre la embrollada familia de los Bonapartes, el Príncipe Víctor Napoleón, hijo de Clotilde de Saboya. Su hermano da que decir de cuando en cuando, porque es más militar, más combatido, y según se asegura, no es extraño a algún sueño de restauración. Cuando viene a París de su cuartel de Rusia, en donde tiene el grado de coronel, se reunen sus amigos en casa de su tía la Princesa Matilde, y se brinda por un futuro vuelo del Aguila... «¡Helas!» las águilas vienen

de los Estados Unidos, ¡y valen veinte pesos oro!

Y los Reyes negros Behanzin, Ranavalona son los más felices. No piensan en que volverán a sus tórridos países, a bailar las Reales bámbulas y a beber aguardiente. En sus respectivos destierros gozan como pueden, como animales.

A Reyes blancos y negros el tiempo dice: «¡Fuera!»

Y la muerte: «¡Aquí!»



MADRID



Con el año entré en Madrid; después de algunos de ausencia vuelvo a ver el «castillo famoso». Poco es el cambio, al primer vistazo; y lo único que no ha dejado de sorprenderme al pasar por la típica Puerta del Sol, es ver cortar el río de capas, el oleaje de características figuras, en el ombligo de la villa y corte, un tranvía eléctrico. Al llegar advertí el mismo ambiente ciudadano de siempre; Madrid es invariable en su espíritu, hoy

como ayer, y aquellas caricaturas verbales con que D. Francisco de Quevedo significaba a las gentes madrileñas, serían, con corta diferencia, aplicables en esta sazón. Desde luego el buen humor tradicional de nuestros abuelos se denuncia inamovible por todas partes. El país da la bienvenida. Estamos en lo pleno del invierno y el sol halaga benévolo en un azul de lujo. En la corte anda esparcida una de los milagros; los mendigos, desde que salto del tren, me asaltan bajo cien aspectos; resuena de nuevo en mis oídos la palabra «señorito»; D. César de Bazán me mide de una ojeada desde la esquina cercana; el cochero me dice: «¡Pues, hombre! .. dos pesetas», y mi baúl pasa sin registro: con el pañuelo que le cubre la cabeza, atadas las puntas bajo la barba, ceñido el mantón de lana, a garboso paso, va

la mujer popular, la sucesora de Paca *la Salada,* de Geroma *la Castañera,* de María *la Ribeteadora*, de Pepa *la Naranjera*, de todas aquellas desaparecidas manolas que alcanzaron a ser dibujadas a través de los finos espejuelos del *Curioso Parlante;* una carreta tirada por bueyes, como en tiempo de Wamba, va entre los carruajes elegantes por una calle céntrica; los carteles anuncian, con letras vistosas, *La Chavala* y *El Baile de Luis Alonso;* los cafés llenos de humo rebosan de desocupados, entre hermosos tipos de hombres y mujeres, las jetas de Cilla, los monigotes de Xaudaró se presentan a cada instante; Sagasta, olímpico, está enfermo; Castelar está enfermo; España ya sabéis en qué estado de salud se encuentra; y todo el mundo, con el mundo al hombro o en el bolsillo, se divierte: ¡Viva mi España!

Acaba de suceder el más espantoso de los desastres; pocos días han pasado desde que en París se firmó el Tratado humillante en que la mandíbula del yanqui quedó por el momento satisfecha después del bocado estupendo: pues aquí podría decirse que la caída no tuviera resonancia. Usada como una vieja «perra chica» está la frase de Shakespeare sobre el olor de Dinamarca, si no que sería el momento de gastarla. Hay en la atmósfera una exhalación de organismo descompuesto. He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo en todas las manifestaciones del alma nacional: Cánovas, muerto; Ruiz Zorrilla, muerto; Castelar, desilusionado y enfermo; Valera, ciego; Campoamor, mudo; Menéndez Pelayo... No está por cierto España para literaturas, amputada, doliente,

vencida; pero los políticos del día parece que para nada se diesen cuenta del menoscabo sufrido, y agotan sus energías en chicanas interiores, en batallas de grupos aislados, en asuntos parciales de partidos, sin preocuparse de la suerte común, sin buscar el remedio al daño general, a las heridas en carne de la nación. No se sabe lo que puede venir. La hermana Ana no divisa nada desde la torre. Mas en medio de estos nublados se oye un rumor extraño y vago que algo anuncia. Ni se cree que florezcan las boinas de Don Carlos, y los republicanos que fueran esperanza de muchos, en escisiones dentro de su organización misma, casi no alientan. Entretanto van llegando a los puertos de la Patria los infelices soldados de Cuba y Filipinas. Quienes a morir como uno que—parece caso escrito en la Biblia—fué a su pue-

blo natal ya moribundo, y como era de noche sus padres no le abrieron su casa por no reconocerle la voz, y al día siguiente le encontraron junto al quicio, muerto; otros no alcanzan la tierra y son echados al mar, y los que llegan, andan a semejanza de sombras; parecen, por cara y cuerpo, cadáveres. Y el madroño está florido y a su sombra se ríe y se bebe y se canta, y el oso danza sus pasos cerca de la casa de Trimalción. A Petronio no le veo. He pensado a veces en un Senado macabro de las antiguas testas coronadas, como en el poema de Núñez de Arce, bajo la techumbre del Monasterio

Que alzó Felipe Segundo
Para admiración del mundo
Y ostentación de su imperio

¿Cómo hablarían ante el espectáculo de las amarguras actuales los grandes Reyes de antaño, cómo el soberbio Emperador, cómo los Felipes, cómo los Carlos y los Alfonsos? Así cual ellos el Imperio hecho polvo, las fuerzas agotadas, el esplendor opaco; la Corona que sostuvieron tantas macizas cabezas, así fuesen las sacudidas por terribles neurosis, quizá próxima a caer de la frente de un niño débil, de infancia entristecida y apocada; y la buena austriaca, la pobre madre Real en su hermoso oficio de sustentar al Reyecito contra los amagos de la suerte, contra la enfermedad, contra las obscuridades de lo porvenir; y que está palida, delgada, y en su majestad gentilicia el orgullo porfirogénito tiene como una vaga y melancólica aureola de resignación.

El mal vino de arriba. No dejaron se-

millas los árboles robustos del gran cardenal, del fuerte duque, de los viejos caballeros férreos que hicieron mantenerse firme en las sienes de España la diadema de ciudades. Los estadistas de hoy, los directores de la vida del Reino, pierden las conquistas pasadas, dejan arrebatarse los territorios por miles de kilómetros y los súbditos por millones. Ellos son los que han encanijado al León simbólico de antes; ellos los que han influído en el estado de indigencia moral en que el espíritu público se encuentra; los que han preparado, por desidia o malicia, el terreno falso de los negocios coloniales, por lo cual no podía venir en el momento de la rapiña anglosajona sino la más inequívoca y formidable *débâcle*. Unos a otros se echan la culpa, mas ella es de todos. Ahora es el tiempo de buscar soluciones, de ver

cómo se pone al país siquiera en una progresiva convalecencia; pero todo hasta hoy no pasa de la palabrería sonora propia de la raza, y cada cual profetiza, discurre y arregla el país a su manera. En Palacio, ya que no Cisneros o Richelieu, falta siquiera el Dubois que prepare para Alfonso XIII lo que el francés para Luis XV, niño y débil: la política interior en caso de vida, la política exterior en caso de muerte. Cánovas no fué purpurado en la Monarquía de S. M. Católica, pero quizás era el único, a pesar de sus defectos, que tuviese buena vista en sus ojos miopes, buena palabra de salvación o de guía en su lengua andaluza; mas de los horrores inquisitoriales de Montjuich salió el rayo rojo para él.

Entre las cabezas dirigentes hay quienes reconocen y proclaman en alta voz que la causa principal de tanta decaden-

cia y de tanta ruina estriba en el atraso general del pueblo español; reconocen que no se ha hecho nada por salir de la secular muralla que ha deformado el cuerpo nacional como el cántaro chino el de un enano; y si se ha dejado enmohecer la literatura, si ha habido estancamiento y retroceso en el profesorado, a punto de que las célebres Universidades lo que brilla como una joya antigua es el nombre; fuera de pocas excepciones para el juicio público, el oráculo de la ciencia se encierra en urnas como el comodín periodístico del señor Echegaray, el teatro que llaman chico atrae a las gentes con la representación de la vida chulesca y desastrada de los barrios bajos, mientras en el clásico Español, en las noches en que he asistido, María Guerrero representaba ante concurrencia escasísima, y eso que el paseo por Euro-

pa y sobre todo el beso de París, le han puesto un brillo nuevo en sus laureles de oro: la nobleza... La otra noche, en un café-concert que se ha abierto recientemente y con un éxito que no se sospechaba, me han señalado en un palco a gastados y encanecidos Grandes de España que se entretenían con la Rosario Guerrero, esa bailarina linda que ha regocijado a París después de la bella Otero; soy frecuentador de nuestro Casino de Buenos Aires y no me precio de pacato; pero el espectáculo de esos alegres Marqueses de Windsor, aficionados tan vistosamente a suripantas y señoritas locas de su cuerpo, me pareció propio para evocar un parlamento de Ruy Gómez de Silva, delante de los retratos, en bravos alejandrinos de Hugo, o una incisión gráfica de Forain con sus incomparables pimientas de filosofía. En lo intelectual

he dicho ya que las figuras que antes se imponían están decaídas, o a punto de desaparecer; y en la generación que se levanta, fuera de un soplo que se siente venir de fuera y que entra por la ventana que se han atrevido a abrir en el castillo feudal unos pocos valerosos, no hay sino la literatura de mesa de café, la mordida al compañero, el anhelo de la peseta del teatro por horas, o de la colaboración en tales o cuales hojas que pagan regularmente; una producción enclenque y falsa, desconocimiento del progreso mental del mundo, iconoclasticismo infundado o ingenuidad increíble, subsistente fe en viejos y deshechos fetiches. Gracias a que escritores señaladísimos hacen lo que pueden para transfundir una sangre nueva, exponiéndose al fracaso, gracias a eso puede tenerse alguna esperanza en un próximo cambio

favorable. Mal o bien, por obra de nuestro cosmopolitismo, y, digámoslo, por la audacia de los que hemos perseverado, se ha logrado en el pensamiento de América una transformación que ha producido, entre mucha broza, verdaderos oros finos, y la senda está abierta; aquí hasta ahora se empieza, y se empieza bien: no faltan almas sinceras, bocas osadas que digan la verdad, que demuestren lo pálida que está en las venas patrióticas la sangre en que se juntaran, como diría Barbey, la azul del godo con la negra del moro; quienes llevan al teatro de las gastadas declamaciones el cuadro real demostrativo de la decadencia; quienes quieran abrir los ojos al pueblo para enseñarle que la Tizona de Rodrigo de Vivar no corta ya más que el vacío y que dentro de las viejas armaduras no cabe hoy más que el aire.

Ahora uno que otro habla de regenerar el país por la agricultura, de mejorar las industrias, de buscar mercados a los vinos con motivo del tratado último francoitaliano, y hay quienes se acuerdan de que existimos unos cuantos millones de hombres de lengua castellana y de raza española en ese continente. Por cierto, la industria pecuaria, dicen, debe ser protegida. ¿Y la agricultura? Ya en la Instrucción de 30 de noviembre de 1883 se señalaban causas locales del atraso agrícola de España, como la intervención de la Autoridad municipal en señalar la época de las vendimias, o la de la recolección de los frutos o esquilmos: la libertad de que en los rastrojos de uno pazcan los ganados de todos: los privilegios que no admiten al consumo de una ciudad más que los vinos que produce su término; los que no permiten entrar

una carga de comestibles en un pueblo sin que se extraiga otra de los productos de su agricultura o de su industria, y otras mil anomalías; poco se ha adelantado desde entonces, y lo que os dará una idea del estado de estas campañas en lo relativo a agronomía, es que sepáis que las máquinas modernas son casi por completo desconocidas; que la siega se hace primitivamente con hoces, y la trilla por las patas del ganado; ¿qué pensaran de eso en la Argentina, donde nos damos el lujo de tener a lo yanki un Rey del trigo?

Se trata ahora de la creación de un ministerio de Agricultura; de instruir al campesino, que, como sabéis, ha permanecido hasta ahora impermeable a toda noción; pero ya se ha hablado, a propósito de la enseñanza agrícola, de aumentar, Dios mío, el número de los

doctores: ¡hacer doctores en agricultura!

Hay felizmente quien en oportunidad ha combatido el plan de los *dómines agrícolas* y señalado un proyecto en que quedarían bien organizadas las escuelas para capataces, peritos agrícolas e ingenieros agrónomos, estudios prácticos, de utilidad y aplicación inmediata, sin borla ni capelo salamanquino. Las campañas están despobladas, y podrían, si hubiese hombres de empresa y de buen cálculo, repoblarlas; para hacerlo, la misma República Argentina estaría llamada a ser la proveedora de cabezas; las praderas andaluzas son excelentes para el engorde, y nuevas fuentes de negocios estarían abiertas para las actividades que a ello se dedicasen en la Península. Así habría que entrar en arreglos especiales por las restricciones que existen en las

leyes. Mucho podría ser el comercio hispanoargentino, y al objeto, según tengo entendido, no ha cesado de trabajar el señor Ministro Quesada. Aquí podrían venir las carnes argentinas, ya que no en la común forma del tasajo, conservadas por los muchos procedimientos hoy en uso; y la mayoría de este pueblo, que tiene casi como base principal de alimentación el bacalao, que importa de Suecia y Noruega, comería carne sana y nutritiva. Luego sería cuestión de ver si se adaptaba para el consumo del Ejército y Marina. Por lo pronto, la Sociedad Rural de Buenos Aires podría hacer el ensayo, enviando en limitadas cantidades la carne conservada, y por los resultados que se obtuvieran se procedería en lo de adelante. España enviaría sus lienzos, sus sederías, sus demás productos, que allí tendrían colocación; no ha-

bría en ningún viaje el inconveniente del falso flete. Estas apuntaciones pueden ser estudiadas detalladamente por aquellos a quienes corresponde la tarea. Tales formas de relación entre España y América serán seguramente más provechosas, duraderas y fundamentales que las mutuas zalemas pasadas de un iberoamericanismo de miembros correspondientes de la Academia, de ministros que *taquinan* la musa, de poetas que «piden» la lira

Nótase ahora una tendencia a conocer, siquiera lo americano nuestro—¡lo del Norte, ¡ay!, lo tienen ya bien conocido!—, y no hace muchos días, con motivo de un banquete a escritores y artistas ofrecido por el representante de Bolivia, señor Ascarrunz, hubo declaraciones de parte de ciertos intelectuales, que son de tenerse muy en cuenta: «En

cualquier otro momento—decía un escritor de los más diamantinos y pensadores, he nombrado a Julio Burell—, en cualquier otro momento la galantería del señor Ascarrunz habría sido digna de hidalga gratitud; pero, en fin, numerosas han sido las fiestas hispanoamericanas, a cuyo término apenas si ha quedado otra cosa que un poco de dulzor en la boca y otro poco de retórica en el aire; después, americanos y españoles han permanecido en sus desconfiadas soledades, colocados en actitud y con mirada recelosa, cada cual a un lado del gran abismo de la Historia...» Y más adelante: «No; la guerra no levantará ya entre España y América española sus fieras voces de muerte; lo que estaba escrito, escrito queda. Rebuscadores de la Historia, curiosos y eruditos, podrán volver la mirada hacia los negros días

de lucha; pero las almas que tienen alas, las almas que tienen luz, los hombres confesados a un ideal de paz y de amor, no descenderán al antro sombrío; volarán más alto y bañarán su espíritu en la claridad de una nueva aurora...» Todo esto se pudo decir hace mucho tiempo; se pudo hace mucho tiempo combatir el alejamiento de la madre patria del coro de las dieciséis Repúblicas hermanas; pero no se hizo, ni se paró mientes en ello.

Antes al contrario, apartando a un grupo escasísimo de hombres como Valera y Castelar, se nos procuró ignorar lo más posible, y como lo he demostrado en *La Nación*, de Buenos Aires, y en la *Revue Blanche*, de París, la culpa no fué del tiempo esta vez, sino de España. Glóríanse los ingleses de los triunfos conseguidos por la República Nor-

teamericana, hechura y flor colosal de su raza. España no se ha tomado hasta hoy el trabajo de tomar en cuenta nuestros adelantos, nuestras conquistas, que a otras naciones extranjeras han atraído atención cuidadosa y de ellas han sacado provecho. En las mismas relaciones intelectuales ha habido siempre un desconocimiento desastroso. Los escritores que entre nosotros valen se han cuidado poco del juicio de España, y, con raras excepciones, no han enviado jamás sus libros a los críticos y hombres de letras peninsulares; en cambio, nuestras docenas de mediocres, nuestros vates de amojamados pegasos, nuestros prosistas imposibles, han sido pródigos de sus partos; de aquí que, en parte, se justifiquen los *Clarines* y Valbuenas de tiempos recién pasados. Más; en las mismas Redacciones de los diarios en que

se dedica una columna a la tentativa inocente de cualquier imberbe Garcilaso, no se escribe una noticia por criterio competente de obras americanas que en en París o en Londres o Roma son juzgadas por autoridades universales. Concretando un caso, diré que la Legación Argentina se ha cansado de enviar las mejores y más serias producciones de nuestra vida mental, de las cuales no se ha hecho jamás el menor juicio. Cierto es que fuera de lo que se produce en España—con las excepciones, es natural, de siempre, pues existen un Altamira, un Menéndez y Pelayo, un *Clarín*, éste amable cosmopolita de Benavente—, fuera de lo que se produce en España, todo es desconocido.

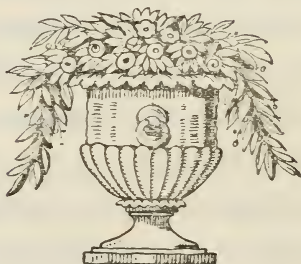
Antes de concluir estas líneas debo declarar que no creo sea yo sospechoso de falto de afectos a España. He proba-

do mis simpatías, de manera que no admite el caso discusión. Pero por lo mismo no he de engañar a los españoles de América y a todos los que me lean. *La Nación* me ha enviado a Madrid a que diga la verdad, y no he de decir sino lo que en realidad observe y sienta Por eso me informo por todas partes; por eso voy a todos lugares y paso una noche del «saloncillo» del Español a las reuniones semibarriolatinescas de Fornos; en un mismo día he visto a un académico, a un militar llegado de Filipinas, a un actor, a Luis Taboada y a un torero. Y anoche, a última hora, he ido del Real al Music-hall, y mis interlocutores han sido: el joven conde de O'Reily, Icaza, el diplomático escritor Pepe Sabater, Pinedo y un joven *reporter*... Ya veis que estoy en mi Madrid.

¡Buenos Aires! Hay que mirarlo de le-

jos para apreciarlo mejor. Aquí está la obra de los siglos y el encanto de un país de sol, amor y vino; París es París; las grandes capitales europeas nos atraen y nos encantan; pero

J'aime mieux ma mie, ô gue!



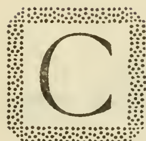
Primeras poesías de RUBÉN DARÍO

(Escritas a los catorce años)



LA ROSA NIÑA

A mademoiselle Margarita M. Guido.



RISTAL, oro y rosa. Alba en Palestina,
salen los tres reyes de adorar al rey,
flor de infancia llena de una luz divina
que humaniza y dora la mula y el buey.

Baltasar medita mirando la estrella
que guía en la altura. Gaspar sueña en
la visión sagrada. Melchor ve en aquella
visión la llegada de un mágico bien.

Las cabalgaduras sacuden los cuellos
cubiertos de sedas y metales. Frío
matinal refresca belfos de camellos,
húmedos de gracia, de azur y rocío.

Las meditaciones de la barba sabia
van acompasando los plumajes flavos,
los ágiles trotes de potros de Arabia
y las risas blancas de negros esclavos.

¿De dónde vinieron a la Epifanía?
¿De Persia? ¿De Egipto? ¿De la India? Es en vano
cavilar. Vinieron de la Luz, del Día,
del Amor. Inútil pensar, Tertuliano.

El fin anunciaban de un gran cautiverio
y el advenimiento de un raro tesoro.
Traían un símbolo de triple misterio,
portando el incienso, la mirra y el oro.

En las cercanías de Belén se para
el cortejo. ¿A causa? A causa de que
una dulce niña, de belleza rara,
surge ante los magos, toda ensueño y fe.

—¡Oh, reyes!—les dice—. Yo soy una niña
que oyó a los vecinos pastores cantar,
y desde la próxima florida campiña
miró vuestro regio cortejo pasar.

Yo sé que ha nacido Jesús Nazareno,
que el mundo está lleno de gozo por él
y que es tan rosado, tan lindo y tan bueno,
que hace al sol más sol y a la miel más miel.

Aun no llega el día... ¿dónde está el establo?
Prestadme la estrella para ir a Belén.
No tengáis cuidado que la apague el diablo,
con mis ojos puros la cuidaré bien.

Los magos quedaron silenciosos. Bella
de toda belleza. A Belén tornó
la estrella; y la niña, llevaba por ella
al establo, cuna de Jesús, entró.

Pero cuando estuvo junto a aquel infante,
en cuyas pupilas miró a Dios arder,
se quedó pasmada, pálido el semblante,
porque no tenía nada que ofrecer.

La madre miraba su niño-lucero;
las dos bestias buenas daban su calor.
Sonreía el santo viejo carpintero,
y la niña estaba temblando de amor.

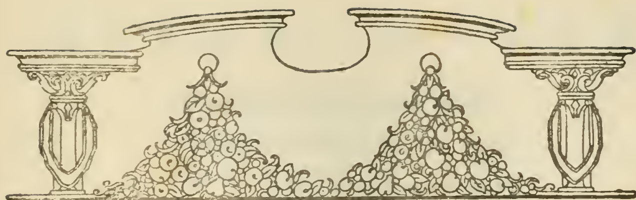
Allí había oro en cajas reales,
perfumes en frascos de hechura oriental,
inciensos en copas de finos metales
y quesos y flores y miel de panal.

Se puso rosada, rosada, rosada...
ante la mirada del Niño Jesús
(felizmente que era su madrina una hada
de Anatole France, o el Doctor Mardrús).

¡Qué dar a ese niño, qué dar sino ella!
¿qué dar a ese tierno, divino Señor?
Le hubiera ofrecido la mágica estrella,
la de Baltasar, Gaspar y Melchor...

Mas a los influjos del hada amorosa,
que supo el secreto de aquel corazón,
se fué convirtiendo poco a poco en rosa,
en rosa más bella que las de Sarón.

La metamorfosis fué santa aquel día
(la sombra lejana de Ovidio aplaudía).
Pues la dulce niña ofrecía al Señor,
que la agradecía y la sonreía,
en la melodía de la Epifanía,
su cuerpo hecho pedazos y su alma hecho olor.



EN LA INAUGURACIÓN DE EL ATENEO, DE LEÓN

I

DÍA feliz!... ¡cuál se siente
el corazón palpitar,
hoy que se mira brillar
tu sol puro y esplendente!
¡cómo se encumbra mi mente!...
¡cuál se enciende mi deseo!...
horas que radiantes veo
revestidas de hermosura,
de Juvenal la figura,
la sombra de Galileo!...

Miro entre luces brillantes,
lleno de entusiasmo y gozo,
el aspecto majestuoso
del gran Miguel de Cervantes;
bajo un solio de diamantes
a Gutenberg grave miro,
y en vago éxtasis admiro
de Virgilio el blando acento,
tan tierno como un lamento...
tan flébil como un suspiro!

A Milton veo entre alados
querubines confundido,
con su «Paraíso perdido»,
y con sus ojos cerrados;
sobre un trono reclinados
a dos genios miro yo:
Voltaire, aquel que imperó
con su idea efervescente,
y la figura imponente
del inmortal Mirabeau.

Sucre, Ricaurte, Colón,
con indecible alegría
ellos vienen este día
y están en este salón.
¿No los veis?—Al corazón
llevad, llevad vuestra mano,
que su poder soberano
os mostrará claramente
latidos de un continente,
palabras de un ciudadano!

Y aquestas bellas ondinas
que hoy celebran nuestra fiesta,
que a los sones de la orquesta
nos dan sonrisas divinas,
que de rojas clavellinas
traen sus sienes coronadas,
que vienen como las hadas
envueltas en blanco tul,
que miran un cielo azul
que les sonríe, y no lloran,
y que encantan y enamoran
cual las silfas de Stambul;

También hoy con embeleso
levantan sus castas frentes
y entonan himnos fervientes
al arcángel del Progreso,
el aura en su dulce beso
con timidez las halaga
mientras una bella Maga
inspiración hoy me ofrece,
y de gozo se estremece
la patria de Larreinaga!

¿Y por qué?—Porque después
de tantos años de duelo
se mira el azul del cielo
de blanca bruma al través;
con celestial altivez
ved, la civilización
trae en sus manos el pendón
de la *Libertad* fecunda,
y de dulce paz inunda
el humano corazón:

¡De la Libertad! la Diosa
que ofrece miel y no acíbar,
hada que arrulló a Bolívar
en una cuna de rosa,
la Libertad! que afanosa,
águila que hiende el viento,
se pierde en el firmamento
radiante de las ideas,
y sus alas giganteas
dan al corazón aliento!

La Libertad!... mas ¿qué suena
triste entre tanta ventura,
y que de horrible amargura
hoy el corazón nos llena?
son la Alsacia y la Lorena
que laméntanse apenadas,
porque, ovejas desgraciadas,
fueron víctimas de un robo,
y ahora les clava el lobo
sus uñas envenenadas;

Es también que, embravecida,
llena de santo furor,
pide venganza al Creador
Polonia la desvalida;
virgen bella sumergida
de amargura en un torrente,
que lleva ahora doliente
su corona blanca, sucia,
porque la bota de Rusia
oprime su casta frente!...

Es que Cuba lleva espinas
en la sien que le maltratan
que sus libertades matan,
sus libertades divinas;
es que las ondas marinas
al consolar sus dolores,
le murmuran entre amores
con su callada armonía,
que se ha de llegar un día
en que caerán sus señores;

Que entonces en sus hogares
habrá paz y habrá ventura,
y será menos oscura
la neblina de sus mares,
que placenteros cantares
sus bardos le ofrecerán,
porque ya dadas están
esas leyes que contienen,
Libertad y Luz que vienen,
y tinieblas que se van.

Sí; la ignorancia maldita
en forma de hidra se escapa,
bajo asquerosa solapa
a guerra y discordia incita,
ladra, vocifera y grita
y hace brotar del abismo
al cuervo del Fanatismo
que por su pico enlodado
arroja crimen, pecado,
y tremendo oscurantismo!

Mas, presto, presto se funden
con el fuego de la Idea
y en oleada gigantea
entre los abismos se hunden:
luchan, braman, se confunden,
se agitan en su elemento,
y siempre, a cada momento,
miran que les amenaza
y que les quema y abrasa
la llama del pensamiento!

Por todas partes fecundo
brota el Progreso fulgente,
tanto en aquel continente
como en este Nuevo-Mundo;
ya de la ciencia el profundo
y desconocido arcano
se abre y da paso a la mano
de un genio de bendición,
que brinda celeste don
a todo el género humano!

II

¡Reír!... ¡llorar!... eso quiere
mi lira, eso le complace,
con una aurora que nace,
con una tarde que muere!
¡Reír!... riendo profiere
armonías y rumores,
¡llorar!... no extrañéis, señores,
que hay lágrimas de alegría,
como las que vierte el día
sobre el cáliz de las flores!

Como brilla el arroyuelo
entre el agua que derrama
sobre la alfombra de grama
que en su cauce borda el suelo!
bañada en rayos del cielo,
la canción va entre las flores
con besos y con rumores,
y entre mil variados giros,
se enlaza con los suspiros,
trina con los ruiseñores.

Hoy me dice el corazón
con una voz que me encanta:
hijo de esta tierra, canta
al *Ateneo* de León.
Y entonando una canción
al cielo elevo las manos,
¿serán mis esfuerzos vanos?
sólo pido paz y amor
y para todos favor,
pues todos son mis hermanos!

Guardo, pues, mi lira ahora
hasta que vuelva a cantar
el hermoso luminar
de otra rutilante aurora.
A mi alma joven, cantora,
consume ardiente deseo
de ver siempre lo que hoy veo;
rasgando la niebla oscura,
de Juvenal la figura
la sombra de Galileo!...





UN BRINDIS

¿Que brinde?—Brindaré, pues;
y esta flor pobre, marchita,
hoy de la bella Chepita
colocaré yo a los pies.
Le diré que aquesto es
ofrenda sencilla, pura,
de mi arpa ignorada, oscura:
que sea siempre querida
y nunca bañen su vida
las olas de la amargura.



EL CENTENARIO DE DON PEDRO CALDERÓN

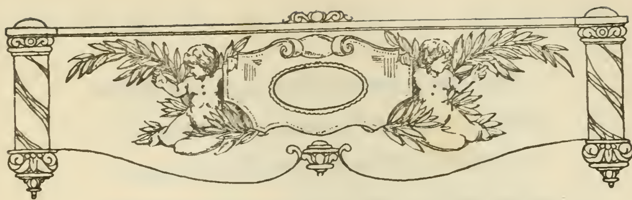
La vuesa grande expresión
me fas decir sois agudo,
et que sois home sesudo
vos don Pedro Calderón.

Ca agora, en esta cuestión
yo fablaré con empeño:
que non es la vida sueño,
et que os burláis desde allí
de los que fablan que sí
en este mundo pequeño.

PRIMERAS NOTAS

EPÍSTOLAS Y POEMAS

(1885)



El poeta a las Musas.

Tengo de preguntaros, ¡oh, divinas
Musas!, si el plectro humilde que meneo
mejor produzca los marciales himnos,
y dé armonía al cántico guerrero,

o de natura los preciados dones
ensalce al son de cadenciosos versos,
o en églogas armónicas repita
de Títiro el cantar y Melibeo.

Decidme, sacras Musas, si el coturno
trágico calce de grandioso fuego
henchido el corazón, o si la trompa
que puede producir los cantos épicos

empuñe osado, o si la ebúrnea lira
vagos intentos dominar mis dedos
para cuajar el aire de armonías
dulces como las mieles del Himeto.

Yo ansío la corona que la Fama
brinda a los sacerdotes de lo bello,
y corro en busca del divino lauro,
verde siempre al fulgor apolineo.

En su loco afanar la mente mía
alza a la altura el atrevido vuelo,
y se embebe en la luz de lo infinito
al admirar a los pasados genios.

Rudo en mi oído escucho resonante
el exámetro rígido de Homero,
y el son melifluo de la flauta de oro
que inventa Pan dentro los bosques griegos.

Siglos pasados, extendiendo el Arte
su eterna luz y su poder excelso,
materia de inmortales concepciones
e instrumentos y voz al vate dieron.

Batió el Pegaso el ala voladora,
irguió la crin y del Olimpo heleno
hirió la cumbre con el leve casco,
y el poeta preludió su hosanna eterno.

El padre Apolo derramó su gracia,
el padre Apolo de talante regio,
aquel del verso rítmico y sonante
que llenaba el abismo de los cielos.

Y fué el poeta del laurel ceñido
del rubio Dios en los alegres juegos,
e infinita cadencia inagotable
brotaba de sus labios entreabiertos.

Pero este siglo, Musas, tan extraño
del arte universal a los portentos,
¿a quién no infunde temerosa idea
por más que lleve ardores en el pecho?

¿Qué ley ha de seguir el que el vibrante
bordón del arpa pulsa, y el soberbio
cantar pretende a las sonoras alas
confiar, ansioso, de los vagos vientos?

Cruje la inmensa fábrica y retumba
incesante golpear de broncos hierros;
y tal parece que martilla el yunque,
gobernador del mundo, Polifemo.

Decidme si he de alzar voces altivas
ensalzando el espíritu moderno,
o si echando al olvido estas edades
me abandone a merced de los recuerdos.

Porque es más de mi agrado el engolfarme
en mis tranquilos clásicos recreos,
en pasadas memorias y en delicias
que me suelen traer días pretéritos.

Ya no se eye de Esquilo la palabra
vibradora y terrible como el trueno,
ni repite rapsodio vagabundo
las rudas notas del mendigo Homero.

Cayó el rabel de Teócrito apacible
que amor cantó de rústicos monteros;
rodaron las estatuas de los pórticos
y enmudeció el oráculo de Delfos.

Hoy el rayo de Júpiter Olímpico
es esclavo de Franklin y de Edison;
ya nada queda del flamante tirso,
y el ruin Champagne sucedió al Falerno.

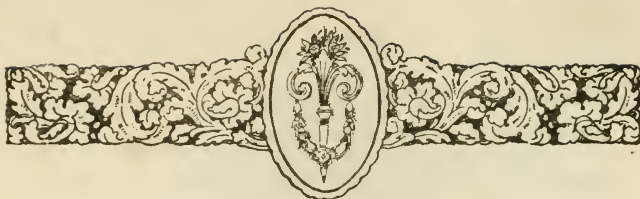
Las abejas del Ática libaron
flores sagradas de divinos pétalos,
alimentadas con la savia pura
que a raudales brotó de virgen suelo.

Se congregaban los poetas todos,
y fijos en el lauro de Menermo,
pulsaban los alambres de las cítaras,
inventando dulcísimos conciertos.

Y así reinaba el Arte poderoso,
de par en par las puertas de su templo,
y bajo un cielo azul iban errantes
las balsámicas brisas del Egeo.

Todo acabó. Decidme, sacras Musas,
¿cómo cantar en este aciago tiempo
en que hasta los humanos orgullosos
pretenden arrojar a Dios del cielo?





Erasmo a Publio.

Discreto Erasmo, ya de luengos días,
al joven Publio, cariñoso y dulce,
consejos brinda:

—De la vida humana
el largo laberinto engañadora
faz te presentará; toma la senda
que más propicia al bien mires, ¡oh, Publio!
No la pasión ni el desatado instinto
tus ojos cieguen, ni imprudente corras
la perdición tal vez a prepararte.

El ansia de los goces encamina
terribles penas, afanosas luchas,
mancebo, a hallar tras el placer finido.
Si engaño engendra la soberbia infausta,
en ti comprende que es mudable todo,
y que destronca los más altos robles
el huracán siniestro. Da al humilde
consuelo y vanidoso no te engrías,
pues tú no eres más grande que el pequeño.
La red que amor para tornarte esclavo
de mente y corazón tienda a tus ojos,
sabe evadir, y del prudente escucha
el sesudo consejo. Los placeres
tentadores serán, no los acojas.
El adobado vino que se escancia
de la bruñida copa en lo agitado
de crespa orgía, incitador el seno
de meretriz locuaz, dan el deleite;
escúrrete del lazo, y del sentido
la loca agitación sano encadena,
sin escuchar, incauto, la salvaje
gritería que se alza de la turba
ahita y embotada en libaciones
de torpe bacanal, que así se ríe,

olvidada de Dios, de lo infinito
y de la eternidad... ¡No!, que hay un trueno
predicador de maldiciones rudas.
¡No!, que un ojo en lo alto, en una hoguera
de increada luz, tremendo, fulminante,
mira el fondo profundo de las almas;
y un dedo de continuo enderezado
castigo amaga; y un arcángel puro
la puerta está al cerrar del Paraíso.

Bajó Nabuco, emperador soberbio,
de alto señor a condición de bestia,
y ejemplo para el hombre, fué domado
cayendo de su trono. Esto vió el pueblo
de la muelle y maldita del Dios justo
transformada en ruinas, Babilonia.
Publio, si las riquezas y esplendores
de orgulloso magnate a tu deseo
entrada ofrecen, y envidioso apañas
ruin ambición, procura que del pobre
la dicha y paz meditación te brinden,
y que coto a tus ansias justo pongas,
y tu ánimo discreto y reflexivo
de la felicidad dete la clave.

¿Qué quieres que te diga, ¡oh, caro Publio!,
sino que amor platónico es dolencia
de ingenua juventud? Bella es la vida;
y el núbil corazón que a hondos deseos
y a sentimientos ardorosos quiere
dar expansión, despéñase en el rudo
torrente de las frías realidades.
Mira la bella dama de ojos lindos;
como pálida virgen pudorosa,
roba luz a los astros su pupila,
a las flores los ámbares su aliento;
y en el suspiro que su pecho exhala
va el perfume de cándidos amores.
Pues bien, Publio; si quieres que la hermosa
ideal, apacible, del querube
con el divino fuego, enamorada
corresponda a tus ansias, no te llegues
solamente llevando ante su vista
la augusta ejecutoria del honrado
corazón, ni las luces de tu espíritu,
ni los que te brindó naturaleza
supremos dones; sí, llégate altivo
con cadenas de rara orfebrería,
cuajada tu pechera de diamantes,

rico anillo en el dedo, y que rebose
de oro la faltriquera. ¡Qué de halagos
te hará, Publio, la dama de ojos lindos!
¡Qué de tiernas miradas! Las palomas
de Venus Citerea, congojadas
cesan de aletear. Suene el vibrante
retintín de las libras esterlinas,
y a esa celeste música del Baco
danzará de placer la niña bella.
¡Oh, Publio!, la injusticia es bien notoria;
nosotros del ideal mantenedores
llevamos mal camino: razón tienen
las hermosuras que al reclamo dulce
del verdadero amor se vuelven sordas,
y carantoñas hacen al gastado
Creso que las cazó con trampa de oro.
No te arrojes, por eso, a los placeres
de la sensualidad, ni ahogues en vino
el pesar que te cause el desengaño.

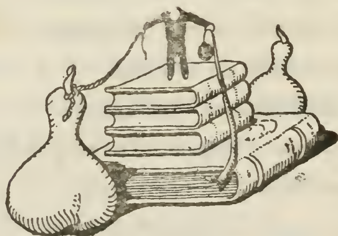
En taza ebúrnea que recama aljófar
de licor bien rellena, que en su fondo

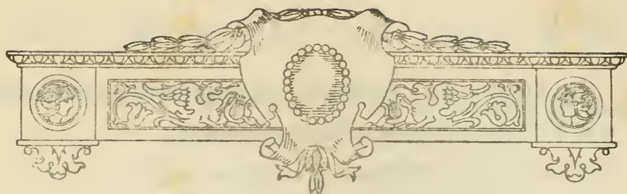
con dulce néctar sabrosura lleva,
va la ponzoña que envenena el alma;
y en el mórbido seno que lascivia
toca con sus tizones infernales,
cuida áspid funesto que hinca el duro
diente y mortal herida abre y encona.
No de Hilarión austero y visionario
la dura castidad, mengua del cuerpo,
te aconsejo seguir, ni de afligido
anacoreta la oración perenne,
brutal en el silencio, ni de Jerónimo
la contusión sangrienta. Tú estás hecho
para el trabajo; el mundo necesita
de ti; oblígate a dar frutos, produce
lo que natura con sus leyes altas
te permite, y eleva a Dios la pura
oración que del pecho brote y llegue
a su trono infinito. No se agote
la fe que abrigas de los dulces años
de tu infancia feliz, sumo tesoro.
Y si la duda fría se despierta
en tu alma y agonizas, y queriendo
escudriñar la altura alzas la frente
sudosa, y agitados tus instintos

infausta negación prorrumpe el labio,
¡ay!, prefiere morir, ¡oh, joven Publio!,
a sufrir el embate de esas vagas
y amenazantes sombras; mas si puedes,
vencedor en la brega, tu estandarte
a la lumbre del sol mostrar al mundo
limpio de toda mancha, venturoso
llámate y escogido del Eterno.

El cívico esplendor no te fascine,
ni el halago en premio de vilezas
potentado insolente haya de darte;
si es preciso que sufras y mendigues
un pan para comer, vete a las plazas,
y prefiere la vianda de limosna
al oro con que infames mercaderes
tu honor quieran comprar. Torvo y huraño
antes que adulador. La cortesana
genuflexión que tu espinazo encorve
hará que el polvo vil tu noble frente
manche humillada; llévala bien limpia
iluminada por el brillo augusto
de la aurora inmortal de la pureza.

Siempre altanero sé, nunca orgulloso
con ese orgullo de soberbia loca;
ten esa majestad y altanería
que bien cuadra al varón justo y severo.
Si por celeste gracia de poeta
guardas lira sonante, no la humilles:
esos divinos dones son tan altos
que con ligero toque se profanan.
Y cumple así los mandamientos puros
de conciencia, y serás feliz, ¡oh, joven!,
cual tu mentor Erasmo lo desea.





Víctor Hugo y la Tumba.

Iba a morir el Genio. «¡Paso!», dijo a la Tumba
con voz que en el espacio misteriosa retumba,
produciendo infinita suprema conmoción.
La Tumba, inexorable siempre, ruda y severa,
contemplando al coloso gigante, dijo: «¡Espera!,
ignoro si tú puedes entrar en mi región.»

En tanto, en las alturas las mil constelaciones
bordaban los cambiantes de sus fulguraciones
en el velo impalpable del esplendete azur.
Callaba el Océano, y sobre los volcanes
altísimos, dormían los grandes huracanes
del Este, del Oeste, y del Norte y del Sur.

La Tumba dijo entonces: «Preguntaré a los vientos,
y al Océano rudo de oleajes violentos,
y a los astros radiantes, y al altivo volcán,
si puede mis dinteles sombríos y profundos,
al brillo de los soles y a la faz de los mundos,
salvar cual los humanos este enorme titán.»

E interrogó a la altura, y al pronunciar el nombre
de aquel Genio encarnado en el cuerpo de un hombre,
un estremecimiento la altura recorrió
como de cuerdas rotas, de alas que se despliegan,
de capullos que estallan, y de notas que juegan
con cadencia y con ritmo que jamás se escuchó.

En explosión de llamas, nacimiento de auroras,
sílabas medio dichas de palabras creadoras
combinaciones de ecos entre aéreo capuz;
astros niños que ensayan su dulce parpadeo
y asisten al sagrado y místico himeneo
que en el éter celebran el amor y la luz.

Y dijeron los astros: «¡Oh, Tumba honda y siniestra!,
ese que así camina, con la lira en la diestra,
la armonía en los labios, la fe en el corazón,
ése ha vertido el ánfora del bien y de la vida
con que cura sus úlceras la humanidad caída:
ese profeta es águila, y es alondra, y es león.

»¡Águila!, cuando encumbra su vuelo hasta nosotros.
Hasta donde éste sube nunca subieron otros:
nos viene a robar luces para encenderlas más;
nuestros ortos celebra y en nuestros hondos giros
remeda nuestros vagos y profundos suspiros:
aprendió nuestra música; sabe nuestro compás.

»Cantor de los crepúsculos, orna de filigrana
el palacio de fuego de la rubia mañana;
del carro de la tarde su paso sigue en pos.
¡Águila!, tiende el ala hacia la hoguera viva
de lo alto, y al retorno, trae su pico la oliva
y su garra está armada con el rayo de Dios.

»¡Alondra!, cuando el alba su abanico de oro
mueve, regando aromas en el aire sonoro,
y se visten de púrpara la cima, el bosque, el mar;
él se remonta al cielo, un himno inmortal canta,
y la invisible cítara que lleva en la garganta
de melodía unísona deja un son escapar.
¡Alondra!, y a medida que al éter se levanta,
hace su dulce trino sentir, creer y amar.

»¡León!, cuando al rugido de su rotunda estrofa,
crespando la melena al tirano apostrofa,
presagiando el estrépito de la revolución;
cuando afila en la roca de Guernesey su garra,
y con épicas furias a la opresión desgarra,
sintiendo entre sus huesos el tuétano del león.

»¡Oh, Tumba! Él ha soñado los inmensos abismos
donde fermentan todos los grandes cataclismos;
él tiene, a su deseo, la escala de Jacob;
él heredó la ronca lira del viejo Homero;
con Esquilo habló a Jove armígero, altanero;
e inspirado y sublime bajó al estercolero
a entonar de rodillas el cántico de Job.

»¡Fulgores! Los extraños soplos de lo invisible
colábanse en las cuerdas de su arpa terrible:
deletreaba los iris y los halos y el sol;
de pie sobre el planeta daba al viento un hosana
que repetía en coro toda la grey humana:
era su templo santo la esfera soberana
y el gigante Himalaya su sacro facistol.»

«¡Que no muera!», Orión dijo desde su limpia esfera.
El coro de los astros repitió: «¡Que no muera!»,
y resonó ese grito por el inmenso azur;
sobre las altas cumbres de los altos volcanes
al eco, despertáronse los grandes huracanes
del Este, del Oeste, y del Norte y del Sur.

Y les dijo la Tumba: «¡Oh, vientos poderosos
que sopláis con el trueno clarines estruendosos,
decir si este gigante puede acaso morir.»
Y al escuchar los vientos las voces de la Tumba,
lanzan hondo lamento que trémulo retumba
al recorrer la espléndida bóveda de zafir.

«¡Oh!, dijeron, ¿acaso la cólera divina
sobre el humano enjambre su maldición fulmina?
¿Se levanta en el mundo la torre de Babel?
El Eterno al gran Víctor llama y tiembla la tierra.
¿Por qué se va el profeta que al mal siempre hizo guerra?
¿Teme Dios que le aclamen y adoren como a él?

»Nosotros, que agitamos la arena del Sahara;
nosotros, que vivimos de estruendo y de algazara;
nosotros, que al abismo lanzamos nuestra voz,
Austro, Aquilón y Bóreas, y todos los que vamos
sobre los altos montes; nosotros protestamos
ante la ley que impone la voluntad de Dios.»

Y volando, a seguida, sobre el mar estupendo,
en tropel agitado y alboroto y estruendo,
levantaron a todas las olas de la mar,
que al sentir sobre ellas tantas alas monstruosas
saltaron en columnas brillantes y espumosas,
llegando los peñones agrios a salpicar.

Claridades excelsas en el cielo se vían
y súbitos relámpagos el cielo recorrían,
cuando al hondo Oceano la Tumba consultó.
De pronto detuvieron su carrera los vientos,
y en silencio profundo todos los elementos,
con sus lenguas de trombas el Oceano habló.

«Yo, dijo el Oceano, le conozco; es el grande;
su luminoso aliento vida inmortal expande:
profeta del derecho y arcángel de la ley.
¡Oh coro de mis islas! ¿Conocéis al poeta,
que del sagrado espíritu ha llegado a la meta?»
Y entre el coro de todas, «¡Sí!», dijo Guernesey.

Y entonces Chipre y Córcega y el heleno archipiélago
entonaron un cántico sobre el grandioso piélago;
y Caprera sus brazos al cielo levantó;
y se irguió Santa Elena, y triste la miraron;
y las islas de América todas se incorporaron;
y derramando lágrimas Cuba se arrodilló.

Y el himno de los mares resonó en los abismos
variando en inmortales y armónicos mutismos;
y el nombre del poeta se escuchó por doquier.
«¡Viva!», decían todas las voces de los mares;
«¡Viva!», decían todas las olas a millares,
arrojando a la costa conchas de rosicler.

Soplaron los tritones su caracol marino;
las sirenas veladas en un tul argentino,
a flor de agua entonaron una vaga canción,
y se unieron al coro de las ondas sonantes;
y el mar tenía entonces convulsiones gigantes
y latidos profundos como de corazón.

¡Silencio! La siniestra Tumba habla a los volcanes
que hacen de centinelas, como rudos titanes
que cuando hablan retumban; pelados unos son
que alzan la calva frente, y abren la obscura boca
mostrando su salvaje dentadura de roca;
otros llevan encima granítico morrión.

«¡Yo pido la palabra!» dijo Etna.—Chimborazo,
estirado a la altura como un fornido brazo,
arguye que la América debe primero hablar.
Vesubio alza la frente con altivo rimbombo,
y en medio a dos Océanos se eleva Momotombo,
diciendo es él quien debe su acento levantar.

Momotombo caduco ante la Tumba exclama:
«Soy el viejo coloso que bajo el cielo brama;
en el centro de América, atalaya avizor;
Víctor Hugo ha cantado mi alto nombre y mi fama,
y aquí estoy con mi tiara de sombras y de llama,
sintiendo en mis entrañas de la lava el hervor.

«Esta, la hermosa tierra del viejo Nicarao,
con sus lagos do surca por el vapor la nao,
con sus bosques do extiende su copa el guayacán,
ve en Víctor Hugo al Genio sobrehumano y sublime
que canta, que protesta, que crea y que redime.
¡Oh, Tumba!, ¡que no muera!, ¡que no muera el titán!»

Y luego Chimborazo «¡Que viva!», dijo; y luego,
Cotopaxi, cubierto de un penacho de fuego,
movió su enorme cresta como una ardiente crin;
y el coro de volcanes del mundo americano
levantó a una un grito potente, soberano,
que atronó del planeta uno y otro confín.

Y respondieron todos los de Asia, África, Europa;
y los vientos formando su bulliciosa tropa
arrastraron el eco por la honda inmensidad.
La Tumba dijo entonces: «He hablado a los volcanes,
al mar y a las estrellas, y hablé a los huracanes.
Ya veré qué me dice de esto la humanidad.»

E interrogó a los hombres. Y todos los humanos,
chinos, rusos, ingleses, indios, americanos,
los negros de Abisinia, los turcos de Stambul,
exclamaron: «¡El Genio!», y, la vista en el cielo,
señalaron al astro fecundador del suelo,
al sol resplandeciente sobre el límpido azul.

«¿Quién llora nuestras penas?», dijeron los esclavos.
«¿Quién ve nuestras cadenas?», dijeron los esclavos
de piel obscura, y todos se echaron a llorar.
«Muerto Hugo, ¿quién implora por hombres y por leyes?
¿Quién pide por las víctimas delante de los reyes?
¿Quién rogará por ellos a las plantas del zar?»

Y dijeron los negros: «¡Si Víctor Hugo muere,
¿quién contendrá ese látigo que a nuestros hijos hiere?
¿Quién verá por nosotros gritando ¡libertad!?
El de John Bron la gloria deja en poemas escrita;
es la gran esperanza de la raza maldita;
es el nuevo Mesías que trae luz infinita,
con el nuevo decálogo para la Humanidad.»

Y dijeron los niños: «¡Conque te vas al cielo!
¡Conque quedamos solos, sin el amado abuelo!
Cabe la blanda cuna, ¿quién nos arrullará?
Ya no hay quien nos ofrezca las flores del cariño
y ventalles de rosas, y cánticos de niño;
ya el alba no sonríe; triste la cuna está.

»Jorge y Juana están solos: lloremos, Jorge y Juana.
Hoy no han cantado alondras la luz de la mañana.
¡Oh, Tumba!, no te lleves nuestro cándido amor.
Céfiro no murmura; las flores palidecen;
los infantes no ríen; las aves se entristecen;
no hay aroma, no bay eco, no hay brisa, no hay rumor.»

Y los pueblos se alzaron presto por todas partes,
entregando a los aires rudos sus estandartes;
y a la cabeza de ellos se levantó París.
«¡Qué no se vaya el Genio!», clamó la muchedumbre.
Y entre todos, estaban entre gloriosa lumbre
con los de Clodoveo los hijos de San Luis.

Al ver a Francia pálida, desencajada, fría,
llorando Víctor Hugo le dijo: «¡Madre mía!»;
y un abrazo infinito sus cuerpos estrechó.
Un suspiro doliente, misterioso y profundo
se escuchó que llenaba toda la faz del mundo.
¡Qué dolor!, ¡qué tristeza!...
—Y la Tumba gimió.

El coro de poetas, con las liras alzadas,
con las fijas pupilas por el lloro empañadas,
dijeron: «¡Oh, Pontífice!; ¡nos dejas y te vas!
¡Dejas el arpa sola, y vacío tu trono!
¿Y el poema del gigante siglo décimonono,
de pauta y ritmo eternos, no lo oíremos jamás?

»¿Quién como tú, más alto que los más altos montes
conmoverá con su arpa todos los horizontes,
y todos los espíritus bañará con su luz?
¡Ah!, ¿quién hará tus versos ricos, esplendorosos,
ya insondables, ya dulces, a tomillo olorosos;
flores del loto azules, lindas perlas de Ormuz?

»¿Quién bajará los iris del alto firmamento?
¿Quién al Niágara undoso le robara su acento?
¿Quién tajará peñascos con su hacha de titán?
¿Quién, ¡guerrero sublime!, levantará su maza,
y ajustará a su pecho luminosa coraza,
su corcel de batalla tornando a Leviatán?

»*Ecce lumen!* Las canas que tú tienes, Maestro,
las tiene Alpe; Himalaya, sagrado, alto, siniestro,
tiene tu porte augusto en el trono en que está;
Buonaroti, el que tuvo la aurora en su paleta,
copiará los perfiles de tu rostro, poeta,
para pintar la face del supremo Jehová.

»¡Tumba!, cierra tu puerta; no des entrada al Genio;
no quites ese faro del humano proscenio;
déjanos al Pontífice que el cielo nos envió.»
La Tumba, entre el sonante coro inmenso callaba.
El mundo estaba atónito, Francia, madre, lloraba.
De pronto, el infinito su velo descorrió.

Y en grupo sacrosanto, Job, Esquilo y Homero,
Tácito, Juan y Pablo, Juvenal, el severo
Alighieri, Cervantes y Rabelais, en la luz
increada envueltos, todos los Genios que pasaron,
fijos en Víctor Hugo, de súbito se alzaron;
y sobre todos ellos, se veía a Jesús.

«¡Ven, le dijeron todos: ven a ocupar tu asiento;
ven a expandir tu espíritu detrás del firmamento.
Ven; del indefinido progreso sigue en pos.
Llena con tu alma inmensa el abismo profundo.
No te duela ese llanto; no te cures del mundo:
quien ha de sucederte será enviado por Dios.
¡Sube!»
—Y subió.
La Francia lanzó un amargo grito.
Se oyó un rumor de fiesta llenar el infinito.
La Tumba entre su seno un cadáver guardó.
Se echó tierra en la fosa. La humanidad de luto
se puso una guirnalda a tejer, en tributo
al coloso que el tiempo con su ala derribó.

* * *

¡Sagrados huesos! Polvo del gigante caído,
que al calor de ese fuego que se esparce encendido
en el alma que lleva la nueva humanidad,
brote el árbol robusto de la Paz en la tierra;
y que bajo su sombra no haya odio, no haya guerra;
y que sean sus frutos de vida y libertad.

ABROJOS

(1887)



A Manuel Rodríguez Mendoza.

I

Sí; yo he escrito estos *Abrojos*
tras hartas penas y agravios,
ya con la risa en los labios,
ya con el llanto en los ojos.

Tu noble y leal corazón,
tu cariño, me alentaba
cuando entre los dos mediaba
la mesa de redacción.

Yo, haciendo versos, Manuel,
descocado, antimetódico,
en el margen de un periódico
o en un trozo de papel;

tú, aplaudiendo o censurando,
censurando y aplaudiendo
como crítico tremendo,
o como crítico blando.

Entonces, ambos a dos,
de mil ambiciones llenos,
con dos corazones buenos
y honrados, gracias a Dios,

hicimos dulces memorias,
trajimos gratos recuerdos,
y no nos hallamos lerdos
en ese asunto de glorias.

Y pensamos en ganarlas
paso a paso y poco a poco...
Y ya huyendo el tiempo loco
de nuestras amigas charlas,

nos confiamos los enojos,
las amarguras, los duelos,
los desengaños y anhelos...
y nacieron mis *Abrojos*.

Obra sin luz ni donaire
que al compañero constante
le dedica un fabricante
de castillos en el aire.

Obra sin luz, es verdad,
pues rebosa amarga pena;
y para toda alma buena
la pena es obscuridad.

Sin donaire, porque el chiste
no me buscó, ni yo a él;
ya tú bien sabes, Manuel,
que yo tengo el vino triste.

II

Juntos hemos visto el mal,
y en el mundano bullicio
cómo para cada vicio
se eleva un arco triunfal.

Vimos perlas en el lodo,
burla y baldón a destajo,
el delito por debajo
y la hipocresía en todo.

Bondad y hombría de bien
como en el mar las espumas,
y palomas con las plumas
recortadas a cercén.

Mucho tigre carnicero
bien enguantadas las uñas,
y muchísimas garduñas
con máscaras de cordero.

La poesía con anemia,
con tisis el ideal,
bajo la capa el puñal
y en la boca la blasfemia.

La envidia, que desenrosca
su cuerpo y muerde con maña;
y en la tela de la araña
a cada paso la mosca...

¿Eres artista? Te afeo.
¿Vales algo? Te critico.
Te aborrezco si eres rico
y si pobre te apedreo.

Y de la honra haciendo el robo
e hiriendo cuanto se ve,
sale cierto lo de que
el hombre del hombre es lobo.

III

No predico, no interrogo.
De un sermón ¡qué se diría!,
Esto no es una homilía,
sino amargo desahogo.

Si hay versos de amores, son
las flores de un amor muerto
que brindo al cadáver yerto
de mi primera pasión.

Si entre esos íntimos versos
hay versos envenenados,
lean los hombres honrados
que son para los perversos.

Y tú, mi buen compañero,
toma el libro, que, en verdad
de poeta y caballero,
con mis *Abrojos* no hiero
las manos de la amistad.

¡Día de dolor
aquel en que vuela para siempre el ángel
del primer amor!

* * *

Pues tu cólera estalla,
justo es que ordenes hoy, ¡oh, Padre Eterno!,
una edición de lujo del infierno
digna del guante y frac de la canalla.

* * *

En el quiosco bien oliente
besé tanto a mi odalisca
en los ojos, en la frente,
y en la boca y las mejillas,
que los besos que le he dado
devolverme no podría
ni con todos los que guarda
la avarienta de la niña
en el fino y bello estuche
de su boca purpurina.

* * *

Vivió el pobre en la miseria,
nadie le oyó en su desgracia;
cuando fué a pedir limosna
le arrojaron de una casa.
Después que murió mendigo
le elevaron una estatua...
¡Vivan los muertos, que no han
estómago ni quijadas!

* * *

¡Oh, luz mía!, te adoro
con toda el alma;

tu recuerdo es la vida
de mi esperanza.
Corazón mío,
¡vieras con mi silencio
cuánto te digo!
Y con tus ansias
y tu silencio
¡vieras, corazón mío,
cuánto sospecho!

* * *

Mira, no me digas más;
¡que otra palabra como ésa
tal vez me puede matar!

* * *

¡Advierte si fué profundo
un amor tan desgraciado,
que tuve odio a un hombre honrado
y celos de un moribundo!

* * *

Soy un sabio, soy ateo;
no creo en diablo ni en Dios...
(... Pero si me estoy muriendo,
que traigan el confesor.)

* * *

Vamos por partes:
comenzará muy puro,
pero al fin... ¡carne!

* * *

Besando con furia loca
la boca de un niño ajeno,
miro yo a la virgen cándida
y no sé lo que comprendo.
¿Qué es ese brillo en los ojos?
¿Qué es en el rostro ese incendio?
¿Qué es ese temblar de labios?
¿Qué es ese crujir de nervios?
¡Para ser a un niño... a un niño...
esos besos... esos besos...!

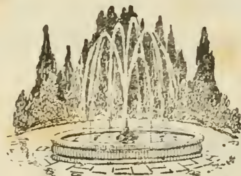
* * *

¿Por qué ese orgullo, Elvira? Que se domen
en ti loca ambición ruines enojos,
y quítate esa venda de los ojos,
y que esos ojos a lo real se asomen.

Mira, cuando tus ansias vuelo tomen
y te finjan grandezas tus antojos,
bellas, rostro divino y labios rojos,
que unas comen pan duro, otras no comen.

Bajan a los abismos nieves puras
cuando rueda el alud; y se hacen fango
después de estar en cumbres altaneras.

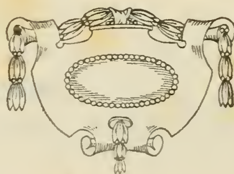
¡Ay, yo he visto llorar sus desventuras
a encopetadas hembras de alto rango
sobre el sucio jergón de las rameras!





Una mujer envenenó mi alma,
otra mujer envenenó mi cuerpo;
ninguna de las dos vino a buscarme;
yo de ninguna de las dos me quejo.

Como el mundo es redondo, el mundo rueda;
si mañana, rodando, este veneno
envenena a su vez, ¿a qué acusarme?
¿Puedo dar más de lo que a mí me dieron?





«PAX»

En sangre y en llanto está la tierra antigua.
La Muerte cautelosa, o abrasante o ambigua
pasa sobre las huellas
del Cristo de pies sonrosados
que regó lágrimas y estrellas.

La humanidad, inquieta,
ve la muerte de un papa y el nacer de un cometa
como en el año mil.

Y ve una nueva torre de Babel
desmoronarse en hoguera cruel
al estampido del cañón y del fusil.

Matribus detestata! Madre negra
a quien el ronco ruido alegra
de los leones: Palas,
odiosa a las dulces mejillas,
puesto que das las flechas y las balas;
abominada seas
por los corrientes siglos y fugaces edades,
porque a pesar de todo, tus fuertes potestades
sucumbirán al trueno de oro de las ideas.

Amontonad bibliotecas,
poblad las pinacotecas
con los prodigios del pincel
y del buril y del cincel.

Hace la evocación de Homero, Vinci, Dante
para que vean el
espectáculo cruel
desde el principio hasta el fin:
¡La quijada del rumiante
en la mano de Caín
sobre la frente de Abel!...

....

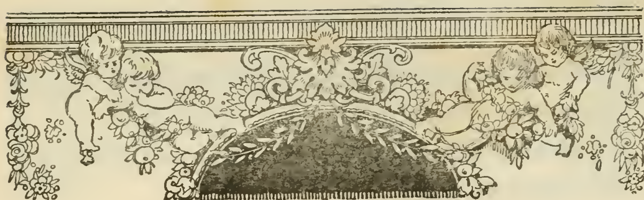
Se grita: ¡Guerra Santa!
acercando el puñal a la garganta,
o sacando la espada de la vaina;
y en el nombre de Dios,
casas de Dios en Reims y Lovaina
¡las derrumba el obús cuarenta y dos!...

¡No, Reyes! Que la guerra es infernal es cierto;
cierto que duerme un lobo
en el alma fatal del adanida;
mas también Jesucristo no está muerto.
¡Y contra el homicidio, el odio, el robo,
Él es la Luz, el Camino y la Vida!

....

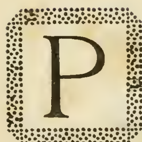
¡Emperadores! ¡Reyes! ¡Presidentes! la hora
llegará de la Aurora.
Pasarán las visiones de Durero;
pasarán de Callot los lansquenetes,
los horrores de Goya, el visionario,
en la memoria amarga de la tierra.
Pasará de la guerra el tigre fiero,
se olvidarán obuses y mosquetes,
y ante la sacra sangre del Calvario
se acabarán las sangres de la guerra.





Pájaros de las islas...

Pájaros de las islas, ¡oh pájaros marinos!
vuestros revuelos, con
ser dicha de mis ojos, son problemas divinos
de mi meditación.

ÁJAROS de las islas, en vuestra concurrencia
hay una voluntad,
hay un arte secreto y una divina ciencia,
gracia de eternidad.

Vuestras evoluciones, academia expresiva,
signos sobre el azur,
riegan a Oriente ensueño, a Occidente ansia viva,
paz a Norte y a Sur.

La gloria de las rosas y el candor de los lirios
a vuestros ojos son,
y a vuestras alas líricas son las brisas de Ulises,
los vientos de Jasón.

Almas dulces y herméticas que al eterno problema
sois en cifra veloz
lo mismo que la roca, el huracán, la gema,
el iris y la voz.

Pájaros de las islas, ¡oh pájaros marinos!
vuestros revuelos, con
ser dicha de mis ojos, son problemas divinos
de mi meditación.

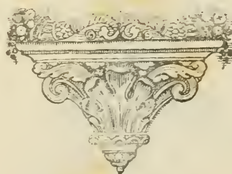
Y con las alas puras de mi deseo abiertas
hacia la inmensidad,
imito vuestros giros en busca de las puertas
de la única Verdad.



A una colombiana.

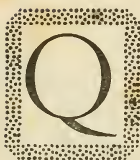


ABE: más de una amorosa
Rosa
ante tu frente risueña
sueña.
Dando su amable doctrina
trina
el ruiseñor ante ti,
y
el que se acerca a tu llama
ama.





La vida y la muerte.


uién nos brinda la urna henchida?
¿Quién nos da la estrella escondida?
¿Quién le da la sangre al Panida?
La Vida

¿Quién la copa fragante vierte?
¿Quién detiene el paso a la suerte?
¿Quién a la Esperanza pervierte?
la Muerte.







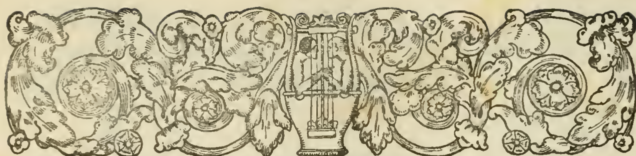
PORTEÑA



AYER el pavimento sonoro de Florida
sintió trotar el tronco de potros de Inglaterra
que arrastran la victoria donde el amor convida
la faz de la morocha más linda de esta tierra.

El coche se perdía camino de Palermo,
cuando miré a mi lado, sentada en su cupé,
a una divina rubia que, como un niño enfermo,
tenía triste y pálida su faz de rosa te.

De esta visión porteña quedó en mi mente escrita
la página vibrante que es hoy una canción
a tus azules ojos, celeste Margarita,
a tus miradas negras, hermana de Mignon!

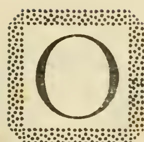


Triste, muy tristemente...

Un día estaba yo triste, muy tristemente
viendo cómo caía el agua de una fuente;
era la noche dulce y argentina. Lloraba
la noche. Suspiraba la noche. Sollozaba
la noche. Y el crepúsculo en su suave amatista,
diluía la lágrima de un misterioso artista.
Y ese artista era yo, misterioso y gimiente,
que mezclaba mi alma al chorro de la fuente.



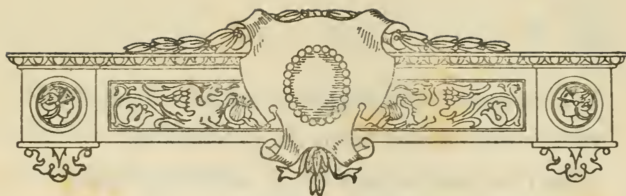




Oh, miseria de toda lucha por lo finito!
es como el ala de la mariposa
nuestro brazo que deja el pensamiento escrito.
Nuestra infancia vale la rosa,
el relámpago nuestro mirar,
y el ritmo que en el pecho
nuestro corazón mueve,
es un ritmo de onda de mar,
o un caer de copo de nieve,
o el del cantar
del ruiseñor,
que dura lo que dura el perfumar
de su hermana la flor.

¡Oh, miseria de toda lucha por lo finito!
el alma que se advierte sencilla y mira clara-
mente la gracia pura de la luz cara a cara,
como el botón de rosa, como la coccinela,
esa alma es la que al fondo del infinito vuela.
El alma que ha olvidado la admiración, que sufre
en la melancolía agria, olorosa a azufre,
de envidiar malamente y duramente, anida
en un nido de topos. Es manca. Está tullida.
¡Oh, miseria de toda lucha por lo finito!





ALBUM

A Regina Alcalde de Zafra.

Corre, Atalanta, corre, y tu rosas al viento
dejen de su perfume la embriagadora estela;
corre, Atalanta, corre, vuela, Atalanta, vuela
veloz como el relámpago o como el pensamiento.

Deja atrás las montañas pintorescas,
en donde Diana
y sus ninfas hermosas,
al triunfo de la lírica mañana,
se coronan de rosas
frescas.

Y cuando hayas dejado el terrestre elemento,
vuela sobre la mar como las golondrinas,
y bajo las estrellas que en su azul firmamento
se coronan de rosas diamantinas.

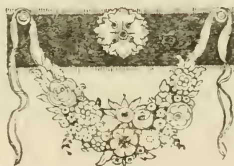
Y en lo azul infinito, detén tu raudo empeño
cuando llegues a la isla en donde mora
la princesa que un día vió un Simbad del Ensueño
que se guió por la huella del carro de la Aurora.

¡Atalanta, alma mía!
¡Alma mía, Atalanta!
Es allí donde eternamente canta
su noche un ruiseñor, una alondra su día.

Hay un jardín, y en el jardín hay una
fuente donde se abrevan
pavorreales del Sol y cisnes de la Luna.
Limoneros fragantes sus azahares nievan
y regula las horas una invisible lira.

Y en un palacio de oro maravilloso mira
a la bella señora
que nostálgica mora;
y dile de mi parte si ha llegado la hora
que mi espíritu anhela...

Y si dice que sí, ven al momento.
Corre, Atalanta, corre, vuela, alma mía, vuela
veloz como el relámpago y como el pensamiento...





DE SIMPATÍA

PRINCESA, bella Princesa,
¿quién tan linda te crió?
¿quién ese rostro que expresa
la candidez buriló,
Princesa, bella Princesa?

Tienen tus ojos, Divina,
la negrura del «lomboy»,
la blancura marfilina
del exquisito «tampoy»
tiene tu carne divina.

Tu hermosura tropical
simula, bella «Dalaga»,
la de una flor sin igual;
es cual la tierna «sampaga»
tu hermosura tropical.

Tus miradas de pasión
de fulgores encantados,
me hieren el corazón,
como el «kris» de tus soldados
tus miradas de pasión.

El eco de tus suspiros
las libélulas dirán
en sus voluptuosos giros,
y mis selvas guardarán
el eco de tus suspiros.

Copia tu rostro de diosa
la piedad de la oración;
de una dama pudorosa
la dulzura y distinción
copia tu rostro de diosa.

Con tus gracias seductoras
pasas por sobre la vida,
y seduces y enamoras
y abres suavísima herida
con tus gracias seductoras.

Cuando cruces tu camino,
que yo regaré de flores,
la lámpara de Aladino,
ciñéndote de fulgores,
alumbrará tu camino.

Yo quiero beber tu aliento
y escuchar tu voz sonora,
porque el ritmo de tu acento
me conmueve y me enamora
y me seduce tu aliento.

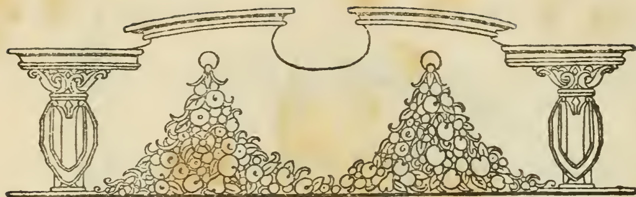
Las delicias del presente
yo cambiara por tu abrazo,
yo cambiara diligente
por dormir en tu regazo
las delicias del presente.

Y después, adormecido
despertarme tus caricias,
sentir lo que no he sentido
y gozar de horas propicias
después de haber padecido.

Cuando te aparten de mí,
para tornar a tus lares,
al son de mi «kudyapí»,
te evocaré en mis cantares,
cuando te apartes de mí.

En tus labios que son buenos,
frescos y tiernos y sabios,
como los «chicos» morenos,
quisiera posar mis labios
en tus labios que son buenos.





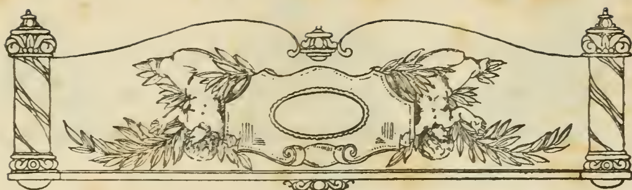
MARÍA

Sol y solera sabía
que tenía
esta María
foco de miel ilusiones
pero
lo que a otro poeta espero
es el fiero
querer de los corazones.

Todo está lleno del día
María.
La voz de un clarín va
allá
para decirte de amor
y de dolor
y para seguir tu suerte
¡hasta la muerte!
¡María!

Aun encuentro todavía
una expresión
que te da mi corazón
que saca de su pensar
pesar
que saca del sentimiento
viento.

No, ya no siento ni amo,
mas acepta lo que ofrezco
fresco
atado en mi fresco ramo
¡amo!



LA ESPIGA

Mira el signo sutil que los dedos del viento
hacen al agitar el tallo que se inclina
y se alza en una rítmica virtud de movimiento
con el áureo pincel de la flor de la harina.

Trazan sobre la tela azul del firmamento
el misterio inmortal de la tierra divina
y el alma de las cosas que da su sacramento
en una interminable frescura matutina.

Pues en la paz del campo la faz de Dios asoma.
De las floridas urnas místico incienso aroma
el vasto altar en donde triunfa la azul sonrisa;

aun verde está y cubierto de flores el madero,
bajo sus ramas llenas de amor pace el cordero
en la espiga de oro y luz duerme la misa.





LA ANCIANA

Pues la anciana me dijo: mira esta rosa seca
que encantó el aparato de su estación un día:
el tiempo que los muros altísimos derrueca
no privará este libro de su sabiduría.

En esos secos pétalos hay más filosofía
que la que darte pueda tu sabia biblioteca;
ella en mis labios pone la mágica armonía
con que en mi torno encarno los sueños de mi rueca.

«Sois un hada», le dije. «Soy un hada, me dijo,
y de la Primavera celebro el regocijo
dándoles vida y vuelo a estas hojas de rosa.»

Y transformóse en una princesa perfumada,
y en el aire sutil, de los dedos del hada
voló la rosa seca como una mariposa.





LA FUENTE

JOVEN, te ofrezco el don de esta copa de plata
para que un día puedas calmar la sed ardiente,
la sed que con su fuego más que la muerte mata.
Mas debes abrevarte tan sólo en una fuente,

otra agua que la suya tendrá que serte ingrata,
busca su oculto origen en la gruta viviente
donde la interna música de su cristal desata,
junto al árbol que llora y la roca que siente.

Guíete el misterioso eco de su murmullo,
asciende por los riscos ásperos del orgullo,
baja por la constancia y desciende al abismo

cuya entrada sombría guardan siete panteras:
son los Siete Pecados, las siete bestias fieras.
Llena la copa y bebe: la fuente está en ti mismo.





AMA TU RITMO...



MA tu ritmo y rima tus acciones
bajo su ley, así como tus versos;
eres un universo de universos
y tu alma una fuente de canciones.

La celeste unidad que presupones
hará brotar en ti mundos diversos
y al resonar tus números dispersos
pitagoriza en tus constelaciones.

Escucha la retórica divina
del pájaro del aire y la nocturna
irradiación geométrica adivina;

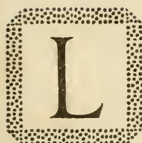
mata la indificencia taciturna
y engarza perla y perla cristalina
en donde la verdad vuelca su urna.





SPES

En memoria de Mlle Anne-Marie Heber García.

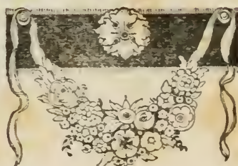


La niña de los ojos azules ha partido
al alba del amor:
como la rosa de Malherbe, ella ha vivido
la vida de una flor.

Dejó el fuego fugaz la dulce adolescencia
al influjo mortal,
¡y se fué hacia el azul, como se va la esencia
del pomo de cristal!

Tal las almas se van sin oír nuestro grito
ni escuchar nuestro adiós,
y se echan a volar buscando el infinito,
esas aves de Dios.

Mas la esperanza muestra el sol de un nuevo día
de divina verdad;
¡y así al morir aquí, la tierna Ana María,
nace en la eternidad!



ACABÓSE
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL DÍA
4 DE DICIEMBRE DE 1921,
EN LOS TALLERES TIPOGRÁFICOS
DE G. HERNÁNDEZ Y
GALO SÁEZ, MESÓN
DE PAÑOS, 8
MADRID

Imprenta de G. Hernández
y Galo Sáez
Mesón de Paños, 8, Madrid

Precio: 4 ptas.


UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 703 712 0